

"...ES UN SOPLO LA VIDA"

(Volver, Carlos Gardel)

relatos autobiográficos

Francisco Ruíz Burdiles

2024-2025

INTRODUCCION

“Entonces tenemos que el paciente es Francisco Ruiz Burdiles, tiene 68 años, 3 hijos mayores que se independizaron de la casa paterna, dos nietos de 4 y 7 años y está casado con doña Raquel desde los veintiún años. Llegó a Santiago hace 20 años, es profesor, se dedica a la consultoría en educación, no se ha jubilado todavía, tuvo un infarto al miocardio hace diez años, toma sertralina, atorvastatina y concor de 2.5 Mg., ha sido operado de vesícula y no tiene alergia a la penicilina. Se le han practicado exámenes de colonoscopia, ecografías abdominales y pélvicas. Tiene un sobrepeso desde hace varios años, consume vino, fumó durante 40 años, pero ya no lo hace desde que tuvo el infarto. Don Francisco no ha visitado al cardiólogo en los plazos recomendados. No duerme más de 4-5 horas durante la noche y en el trabajo tiene algunas dificultades para concentrarse, especialmente a partir del mediodía. Desde hace años sufre de apnea del sueño y ha tenido un par de episodios de ansiedad ...”

Escucho decir esto, como si declamara, a un prestigioso médico de una clínica privada., en Santiago. He venido a verlo unas 5 veces en los últimos 15 años. Me ha encargado una serie de exámenes, pero sigo exactamente igual. Sin embargo tiene una precisión quirúrgica para registrar mis datos en su computador y leerlos en voz alta cada vez que me atiende , como para decirme que está al tanto de lo que me pasa. Yo lo escucho resignado , mientras se nos va la mitad del tiempo que dura la consulta, y pienso que esto es lo más parecido a mi biografía... (A veces, cuando estoy medio perdido en la vida, me dan ganas de pedirle hora a este médico solamente para que me recuerde quién soy y para dónde voy). No ha sido capaz de resolver mis dolencias, pero me inspiró a escribir estos episodios biográficos que no están en orden ni son todos los que debieran ser.

Santiago, 2024

PRIMERA PARTE

1.- LA INFANCIA

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla / y un huerto claro donde madura el limonero

Me hubiese gustado iniciar estas memorias diciendo "mi infancia son recuerdos de un patio de Plegarias y un huerto de hortalizas cultivadas por mi abuela". Pero ya no se puede decir eso después de Machado y su poema, **Retrato**, que intentábamos memorizar con mi hermano Leonel en una de esas tantas competencias de niños; aunque el campamento minero PLEGARIAS existió y en ese patio de la casa de mis abuelos olía a menta, poleo y semilla de cilantro.

Tengo pocos recuerdos de mi niñez. Ninguno es tan importante; ninguno es tan hermoso ni tan triste, ninguno es dramático; todos son "más o menos", como casi toda mi vida.. Sin embargo, exigiéndole a mi memoria, puedo verme asomando mi cabeza al living, donde mis padres están decorando el pino navideño; mis hermanos más pequeños están detrás mío y no logran ver los preciados envoltorios donde seguramente están los juegos mecánicos, las muñecas de trapo, las pistolas para jugar a los indios y vaqueros que quisiéramos recibir esta noche , además de los confites importados que alcanzamos a oler en las maletas gigantes con las que mis padres llegaron a casa después de los diez días que demoró su viaje al puerto libre de ARICA , adonde fueron a comprar esas mercaderías importadas que luego adornarán las vitrinas de la "**Joyería y relojería Imperial**" , el local comercial en el que mi padre vende relojes, arregla relojes; vende joyas , arregla joyas y ahora, además, venderá "artículos de importación" . Una tortuga mecánica a cuerda y un tren a pilas me trajo el viejo pascuero esa noche, y al día siguiente me parecieron muy lindos y novedosos, pero con ellos no se podía jugar a las flechas y a las balas.



Si estrujo los recuerdos y me voy más atrás, puedo verme en un pequeño balcón de la casa, solamente en calzoncillos, donde la llovizna cae lentamente y nadie se ha dado cuenta que el niño con fiebre se ha levantado de la cama para buscar en la intemperie un poco de aire fresco y agua que le apaguen esas brasas que lo están quemando. No sé bien quién me encuentra, pero mis padres me llevan en brazos, corriendo, turnándose por el camino, empapados por la lluvia hasta llegar al hospital viejo de Curanilahue donde la enfermera logra bajarme la fiebre y, según mi madre, salvarme la vida.

Para el gran terremoto del sesenta tenía casi 4 años. Después del sacudón grande, de haber gritado y llorado, nos han reunido en la cama matrimonial. Allí nos reanimamos y comenzamos a dar saltos sobre el colchón mientras vamos cantando en un coro improvisado "se va el tren, se va el tren", en alusión al movimiento telúrico. Ya somos 4 hermanos y otro viene en camino. Mi padre sujeta un estante con zapatos, el portal de cemento de entrada a la casa se vino abajo y el vecindario está en la calle, rezando, en una especie de campamento levantado con algunas sillas, mesas y loza que salvaron de los escombros. El plástico todavía no abunda, por lo que los improvisados techos del campamento son de lona, género y tablas. Los Bomberos aparecen por nuestra casa y se ponen a las órdenes de mi padre, que me deja a cargo del zapatero y se va con ellos, luciendo su uniforme de capitán. ¿Por qué mi padre sujetaba ese mueble con zapatos, en medio de uno de los terremotos más violentos? Supongo que de los puros nervios. Mi madre vino durante el remezón con sus manos y besos que calman los dolores de oídos y que ahora también quitan el miedo a los terremotos, como éste que nos deja a oscuras, rezando bajo la lluvia

Tal vez debiera decir "***Mi infancia son recuerdos de la lluvia, galopando en los tejados, y del viento, aullando en las cornisas***". Sí, eso sería más propio de mi infancia.

El kínder estaba en unas dependencias donde había funcionado el primer hospital de Curanilahue y que se conocían popularmente como "el hospital viejo" Era el único kínder

del pueblo, funcionando en un edificio a medio desvencijar. Mi hermano Mario, que era un poco mayor que yo, iba diariamente a ese kínder y yo me quedaba en casa llorando, hasta que mi madre consiguió que la educadora me aceptara como "oyente", ya que no matriculaban a niños tan pequeños. Recuerdo bien ese piso de tablones de maderas rústicas y la profunda oscuridad de la sala. La educadora de párvulos, que entonces debía ser muy joven, se llamaba Sonia. A veces me preguntaba algo que yo no sabía o no me atrevía a responder. Entonces le decía, con una voz apenas audible, **«yo no che, Marito chave»**. Aún hoy hacemos juegos con esa frase entre mis hermanos cada vez que hay algo que no conocemos, pero que, sin duda, nuestro hermano Mario conoce: **«Marito chave»**.

Muchos años después fui profesor jefe de un grupo de alumnos entre los que estaba Carlos Gabriel, al que casi todas las semanas suspendíamos por fumar en los baños. A Carlos Gabriel lo iba a justificar su madre, mi exprofesora en el kínder. Supongo que entonces yo no le hablaba bajito y ella tenía que tragarse mis discursos sobre la disciplina con una sonrisa benevolente, contenta de que yo hubiera logrado ser alguien en la vida. Juro solemnemente que, si hoy día yo estuviera sentado frente a frente con ella, como en esas entrevistas para acusar a su hijo, no perdería el tiempo en huevadas: tomaría sus manos, la miraría a los ojos y le preguntaría cómo era yo en esa vieja sala del hospital abandonado; qué hacía, cómo me relacionaba; le preguntaría por mi hermano, a qué jugábamos... La abrazaría y, al despedirme, le preguntaría, con voz bajita «¿se acuerda usted con quién me quería casar yo cuando jugábamos al arroz con leche en el patio del kínder?».

Mis hermanos menores también fueron a ese kínder del hospital viejo. Por la tarde mi madre me enviaba a buscarlos, porque era un trecho muy largo para que regresaran solos. Estaba ubicado en unas vegas al otro lado del río, un gran descampado cerca de las poblaciones de obreros del carbón con sus pabellones descoloridos, de madera, conocidos por todos como «los verdes», porque originalmente fueron pintados de ese color. Pasaba a buscar a mi amigo, Pato, que también tenía a su hermano en el kínder. El viejo hospital había sido emplazado en un pequeño montículo que rodeábamos arrastrándonos por el pasto sin que las pieles rojas pudieran ver nuestros sombreros ni los cañones plateados de los revólveres. Aburridos de matar indios, nos dedicábamos a intrusear por unos pasillos oscuros cuyo acceso estaba impedido a todos los niños del kínder. Allí había estado la morgue, decía la gente del pueblo,

y aún se conservaban frascos con los fetos deformes de guaguas que los médicos habían preferido que no nacieran. Nuestros padres decían que unos niños de «los verdes» habían entrado y quebrado involuntariamente uno de esos frascos, desde donde salió un feto deforme que se deslizó debajo de los tablones podridos y encontró una cueva en la que pudo sobrevivir. Ahora tenía ahora el tamaño de un niño de ocho años, pero no caminaba, sino que se arrastraba igual que una iguana, con el pelo cubriéndole más de la mitad del cuerpo y unas uñas gigantes. En las noches de invierno lloraba como una guagua, pero sólo podían oírlo los mineros de «los verdes». Se alimentaba de niños perdidos, por eso el Pato y yo nos metíamos en los pasillos con los revólveres plateados llenos de balas y esperábamos en silencio hasta que la señorita Sonia tocaba la campana para que los niños salieran de la sala muy ordenados y diciendo, a coro, «hasta mañana, señorita profesora».

Pasé una vez por allí, cuando era adulto. En lugar de las inmensas vegas, del kínder y de los viejos pabellones mineros que solíamos visitar a la hora en que las generosas mujeres sacaban el pan de los hornos de barro, había unas poblaciones de casas de cemento, con calles pavimentadas. Nada de aquel paisaje infantil quedaba, salvo la escuela N° 38, en la que habíamos proseguido nuestros estudios después del Kínder. En su patio unos niños jugaban a los policías. No pude entender cómo estos niños sólo tenían que correr un par de metros para llegar al escondite de los malos; mis amigos y yo, en cambio, cruzábamos unas praderas interminables, sorteando pelotazos y esos envases metálicos de betún de zapato rellenos con tierra que las niñas lanzaban hacia atrás, por sobre sus cabezas, en sus juegos de “la casineta”. Recién lográbamos llegara las tribus enemigas al final del recreo, y después de una encarnizada lucha volvíamos transpirando a la sala, indios y vaqueros, compartiendo a sorbos una coca-cola comprada en el kiosco luego de juntar nuestras monedas en un acto comunitario denominado “la vaquita”.

Muchos chicos de mi edad salían del vecindario a vender piñones, castañas y pan amasado, en el invierno. En el verano voceaban por el barrio las nalcas, la murtilla, los dihueños y las moras. Llevaban un canasto de mimbre en el brazo. Tenían un alta demanda. Recuerdo los



Vendedor en Plaza de Curanilahue

puñados de piñones recién hervidos en los bolsillos de mi chaqueta. Servían para calentarse las manos en las frías tardes. Admiraba a esos pequeños vendedores, se veían frágiles,

algunos iban descalzos, pero podían entrar a las cantinas y subir a los trenes voceando sus productos. Había que tener mucha fuerza para aquello.

Cuando mis padres compraron la confitería en el sector céntrico denominado "La Cruzada", las calles no estaban pavimentadas. Para ir desde una vereda a la otra había que hacerlo pisando el barro y saltando por sobre los rieles de la locomotora. Algunos inviernos eran tan lluviosos que el barro quedaba sumergido en un río turbio que corría a lo largo de la calle central. Para cruzar esa ancha calle, partida en dos por el tendido ferroviario, los comerciantes instalaban unos tablones de madera a modo de puente provisorio que facilitaban el acceso a sus tiendas. Claro que cuando pasaba algún vehículo y tocaba repetidamente la bocina, había que retirar los tablones de la calle; afortunadamente en esos años había apenas un par de camiones en el pueblo, dos taxis (el del pelado Manrique y el de Pantera Riquelme), uno que otro auto particular y los dos micros de los Benítez, que pasaban siempre a deshoras debido a las frecuentes pannes que sufrían en esos caminos pedregosos de la provincia de Arauco.

Un mediodía de primavera me acerqué al perímetro central de ese cruce de calles para sumarme al gentío aglomerado alrededor de una camioneta que en su parte posterior parecía un púlpito y desde donde un hombre hablaba con una voz que embrujaba y que llegaba a



todos los recovecos ayudada por un megáfono. Vendía camisas de una marca famosa. Para motivar a la gente les hacía participar en unos concursos y juegos. Me fui acercando tímidamente hasta quedar cerca de su improvisado escenario. Preguntó “quién quiere ganar una camisa” y las manos de niños, hombres y mujeres se levantaron apuntando al cielo. Entonces los ojos del vendedor me encontraron. Dijo: “ese niño de allí, ese de lentes, el que tiene cara de inteligente”. El público se dio vueltas para encontrar al afortunado concursante y me empujaron hacia la camioneta como si llevaran en andas al púgil que defendería el honor del pueblo en el cuadrilátero. El vendedor dijo: “repitan todos conmigo ¡Gema, gema, gema ¡ El público coreo 3 veces. El vendedor repitió la palabra y el público volvió a corearla “¡Gema, gema gema”. De improviso me preguntó: “cómo se llama la clara del huevo” Escuché al público decir “yema”, “yema”. El vendedor me dijo: a la una, a las dos y a las tres”, y yo dije lo que todos querían que dijera: “YEMA”. Entonces por la bocina salió la voz del vendedor lamentándose por aquel error del niño que parecía inteligente. Pero dijo que él no venía a vender, sino a regalar, y me dio dos bolsitas con un shampoo en polvo, “el famoso shampoo camay”, dijo . Me fui avergonzado a mi casa, mientras el vendedor discutía con la gente que aseguraba que el niño había respondido correctamente. Lloré un poco por esa humillación; me sentía un tonto, pero en la tarde ya se me había pasado después de que mi madre me lavó el pelo con el famoso shampoo Camay, que me dejó la cabeza fragante ante la admiración de mis hermanos que nunca supieron que aquel era un premio de consuelo y no el primer premio del concurso.

Un año después regresaba de la escuela por aquel cruce de calles , pero el acceso a nuestra casa estaba impedido por el convoy que se había detenido en la mitad de la “cruzada” y bufaba con una respiración corta , extraña, mientras exhalaba vapor con ese olor característico del carbón que salía convertido en hollín desde la chimenea de la locomotora y que se iba por el aire convirtiéndose en una silueta de fantasmas a buscar camisas blancas, sábanas y pañales de guaguas tendidas en los patios. Algo pasaba, tal vez una falla mecánica le impedía avanzar a la locomotora , o quizá un nuevo accidente...como tenía que esperar a que se despejara el camino, me sumé a los curiosos y vi que debajo de uno de los primeros carros había una persona con su cuerpo ensangrentado y los pies afuera de las vías. Los maquinistas pedían calma y explicaban que desde el hospital venían a retirar al herido. Un

comerciante que me conocía me dijo "oye, cabro; anda a la pastelería de tu mamá y dile que me mande unas cajas de cartón, de esas grandes donde vienen las galletas ". En su mano tenía una huincha de medir ...nunca supe para qué, pero imaginé que era para las medidas del ataúd, porque todos decía que lo mejor que le podía pasar al minero atropellado era morir de una buena vez y no quedar "baldado" para el resto de sus días . Me sentí protagonizando una de esas historietas de héroes, corrí y la dije a mi madre que necesitábamos cajas de cartón para trasladar al accidentado al hospital. Cuando llegué con las cajas, ya se lo habían llevado y la locomotora se puso en marcha. Fue traumático para mí aquel incidente. Le seguí la pista, obsesionado, al mutilado. Supe que lo derivaron al hospital de Lota y que le amputaron ambas piernas. Lo vi, tiempo después, cuando lo dieron de alta y volvió a Plegarias, donde había sido minero. Iba en una silla de ruedas y no sé por qué pensé que ahora se iba a dedicar a reparar zapatos. Mucha gente murió en las vías del tren, especialmente mineros que venían desde Plegaria el día del pago a tomar vino o aguardiente y , al regreso, tambaleantes, saltaban a los carros cuando éstos ya iban en marcha .

TUNELES

*Cierro los ojos para oír
el ronroneo agigantado
de la locomotora
interpuesta entre mi casa
y el camino de regreso de la escuela.*

*Hay una inundación de pitazos,
un estremecimiento de maderas
cuando pasan los vagones
dejándonos su estela de humo agrio
debajo de la lluvia.*

*Al final de esa vía
mi abuela calienta la sopa
del abuelo que ya no baja a la mina
y remienda zapatos en el patio,*

*un poco solitario desde que sus hijos
abordaron el convoy a la ciudad,
desertando de los túneles
y de la habitación prestada
sin imaginar que los perseguiría
una herencia de luchas y de huelgas
hasta hacerlos rodar juntos
en el sindicato
bajo el golpe de los militares
mientras yo arremetía sus roperos
buscando libros comprometedores,
salvando de la hoguera unas cuántas poesías
y esa antología de cuentos chinos
donde un niño ve pasar el tren
con los ojos cerrados.*

(De "El Convoy del Insomnio ")



A los 8 años mis padres me llevaron a hacer mi primera comunión. Nos preparó el cura del pueblo, que era conocido como el “potro” Veloso por su aventura amorosa con una piadosa colaboradora de la casa curial que le dio dos hijos a los que su esposo aceptó como propios. Era muy conocido el cura Veloso, especialmente por sus dotes de comerciante y porque era uno de los pocos que se atrevía a conducir a exceso de velocidad en sus viajes a Concepción. Me decía “tocayo” y nos hacía concursos de canciones que él dejaba prisioneras en una máquina grabadora para después hacerlas tronar desde unos altavoces instalados en el campanario los domingos por la tarde. Años después, cuando llegué al liceo, me hizo clases de religión, historia y educación cívica. Y varios años después, cuando estaba en el internado, en Concepción, y necesitábamos una camioneta para trasladar unos instrumentos musicales con los que íbamos a amenizar el baile de aniversario, uno de los compañeros del externado dijo que tenía un cura amigo que podía hacer el traslado, el único problema era que el cura corría como loco y los instrumentos podía caerse de la camioneta. Así me reencontré con él; seguía muy activo y su condición de comerciante estaba más desarrollada, pues tenía unos viñedos donde elaboraba vino de misa que vendía en las parroquias, aunque debo reconocer que aquel flete lo hizo gratis. En todo caso, después de esa primera comunión no volví a ir a una iglesia hasta muchos años después, cuando nos casamos con Raquel.

En la escuela tenía una compañera que me robaba el corazón. Pecosá, de cabellera como el trigo, un poco altanera, hija de una profesora de la escuela y de un técnico de las minas de carbón. En el mismo curso estaba su hermano, un estupendo amigo. Éramos varios los

enamorados de la Estercita, como le decía nuestra profesora. Para que se fijara en mí llevé a cabo varias triquiñuelas, todas fracasadas y que me hundieron más frente a sus ojos. Le pedí a un compañero, llamado Jacinto, que cuando estuviéramos en el patio y ella pasara por allí, nos trezáramos a golpes en una falsa pelea de la que yo debía salir victorioso para que la princesa pudiera admirar al príncipe valiente, pero cuando estaba encima de Jacinto, dándole unos coscorrónes, ella fue a buscar a la directora y me acusó de ser un abusador y pegarle a un niño más chico. Volví a la carga un par de meses después: mientras cuidaba la joyería de mi padre me llamó la atención un pequeño anillo de oro que destacaba de los demás por un brillo especial. A sabiendas de que aquello era malo, y habiendo estado hasta ese día en el lado de los buenos, tomé el anillo y lo metí en el bolsillo del pantalón. Al día siguiente me acerqué a ella y le dije "Mira, te traje este regalo". "No, me dijo ella, esto no puedo aceptarlo, porque es muy caro". "No es caro, le dije; me lo encontré botado en el camino a la escuela esta mañana". Y ella me lo agradeció con sus ojos marrones y tuvo para mí un tiempo extra de conversación y de juegos durante los siguientes recreos. El triunfo sólo duró hasta el día siguiente. Estaba en el dormitorio con mis hermanos, leyendo unas revistas y esperando la hora de acostarnos, cuando la nana me avisó que mis padres me llamaban. Me fui a la joyería; mis padres estaban al interior del mostrador y en el lado de los clientes estaba la madre de la pecosa. Mis padres tenían cara de sorpresa, era un golpe inesperado. La profesora había ido a devolver un anillo que yo le había regalado a su hija con la historia de haberlo encontrado tirado en el camino. "Una vergüenza", repetía y me miraba, después pasaba esa mirada por mis padres. Se me subió el corazón a la boca y los colores a la cara por el sentimiento de culpa y la rabia en contra de esta mujer que se interponía entre los enamorados. No atiné sino a rematar con un disparate luego de que la profesora me diera una lección de cómo debía tratar a su hija, una niña honrada y virtuosa que jamás se fijaría en un mal hijo como yo: "Señora, ¿usted cree que su hija es la única mujer que existe en el mundo?" Ahí la paré en seco con una frase inspirada o copiada de las canciones que escuchaba desde el wuriltzer del bar de la esquina y me fui a llorar a mi cama y a esperar la paliza que me daría mi padre. Pero no hubo castigo. Mi madre conversó conmigo, me hizo ver que no debía sufrir por esa decepción de amor ni por lo que había dicho aquella mujer, que debía ir contento por la vida, que mañana sería otro día y que debía pedirle disculpas a mi padre para restituir la confianza, que no debía tomar nada ajeno porque eso era malo y que a las mujeres no había que

conquistarlas con joyas, menos con un anillo de brillantes. No volví a hablarle a la pecosa durante varios días, pero después era ella quien me buscaba. Un día estábamos en la fila para ingresar a la sala de clases, ya habíamos crecido y estábamos en sexto año. La profesora se demoró y éramos el único curso que estaba en el patio. De aburridos empezamos a desordenarnos y hacer chistes. Yo hice como que iba a ver a la profesora y volví gritando a mis compañeros "HH, ahí viene la chica", que era el sobrenombre que le teníamos secretamente. Todos corrieron a formarse, pero la "chica" no venía; en eso consistía el juego. Finalmente llegó y nos hizo entrar a la sala. Pasó la lista y luego le preguntó a la pecosa: ¿"Estercita, ¿cómo se comportaron sus compañeros en el rato que estuvieron solos? La trigüeña le dijo: "muy mal, señorita, especialmente Pancho, porque les dijo a todos que "ahí viene la chica", por usted, y todos se rieron". La pequeña profesora avanzó hacia mí, agigantándose a cada paso y me descargó un par de cachetadas que aguanté a pie firme mientras los ojos se me llenaban de lágrimas, después me mandó castigado a la esquina de la sala, donde permanecí arrodillado sobre una pila de porotos hasta que sonó la campana del recreo.

Afortunadamente un tiempo después llegó una compañera nueva, rubia, de ojos claros y pelo corto, con una chasquilla y sin pecas. Su padre era un ingeniero de las minas de carbón. Podría decirse que esos ojos claros me sacaron de la humillación en que me había dejado la pecosa, muy pronto sus ojos empezaron a buscar los míos y viceversa. Pero mentiría si dijera que olvidé a la traidora; en el liceo volví a encontrarme con ella, pero se las arregló para hacerse la interesante. Su familia se fue a Rancagua y no supe más de ella, hasta que su hermano vino en el verano siguiente de vacaciones a Curanilahue y se quedó unos días en mi casa. Para retribuirme ese gesto me invitó el verano siguiente a la suya y compartimos unos días; regresé de allí con el recuerdo de unas hermosas canciones de Serrat y Gianni Morandi escuchadas con mi amigo, sentados en el living, pegados a la radio; pero el recuerdo que me quemaba y dolía era el de las curvas de la pecosa. Había crecido y su cuerpo era mucho más robusto y atractivo. No tenía ojos para mí, sus hermanos me dijeron que ya tenía un novio. Regresé a Curanilahue al terminar el verano, cuando las radios tocaban "porque te quiero a ti, porque te quiero, mi voz se rompe como el cielo al clarear".

2.-LA LITERATURA

"Desocupado lector..."



Cuando yo era pequeño no había libros en mi casa, con excepción de las novelas de cowboy a las que mi padre era aficionado y que estaban siempre en la mesa de su velador, con un doblez en la misma página, ya que solamente podía leer un rato los domingos por la mañana, cuando se quedaba en la cama hasta que nuestros gritos, correrías y llantos lo obligaban a levantarse mucho antes del mediodía, sin poder avanzar en su novela. Por el trabajo de mis padres, mis hermanos y yo quedábamos al cuidado de una nana. Tuvimos varias, porque llegaban solteras, pero luego se casaban y se iban. A casi todas les gustaban las fotonovelas, unas revistas que eran el equivalente a las series actuales de la televisión y que en cada página tenían seis u ocho fotos con escenas de amor en que los personajes sostenían diálogos con frases cortas del tipo "te amo" "yo también" escritas sobre las fotos. Con esas revistas me inicié como lector. Nuestra nana tenía amigas en el vecindario que también leían esas revistas, entonces las intercambiaban, pero cuando las revistas habían pasado de mano en mano y se repetían mucho, me pedían a mí que fuera a cambiarlas a una esquina más distante del barrio donde los lectores se reunían a intercambiar revistas de todo tipo y noticias del pueblo. Allí pude conocer otras expresiones fantásticas de la "subliteratura": las historietas de monitos. No recuerdo cómo logré tener esas historietas (Tarzán, El llanero solitario, Pato Donald y sus sobrinos). Mis hermanos y yo las devorábamos y esperábamos ansiosos que pasara el vendedor de diarios y revistas y nos trajera el último número. Para que nuestros padres no dejaran de darnos el dinero, incorporamos en el pedido semanal la revista MAMPATO y otras consideradas "educativas". Llegamos a tener tantas revistas que en esa bendita esquina las cambiábamos o las vendíamos y así disponíamos de más dinero para cuando escucháramos el grito semanal del vendedor de diarios y revistas afuera de nuestra casa. Cuando la impaciencia me estaba ganando, y me costaba esperar la nueva remesa semanal de revistas, apareció un hombre joven con varias novelas de pistoleros en la esquina de los cambios. Era un minero aficionado a la lectura. Le dije que yo tenía de esas novelas, y fui al velador en la habitación de mis padres, tomé dos novelas casi nuevas y las cambié por otras dos que ya se notaban usadas.

No le dije nada a mi padre, pero me imagino su sorpresa al empezar a leer un nuevo capítulo que nada tenía que ver con lo que había leído el domingo anterior. Cuando me descubrió, seguramente me reprendió o me dio un coscorrón; no me acuerdo, pero así debió ser. Para poder comentar las novelas con ese joven que se llamaba Tito, tuve que empezar a leerlas. Recuerdo a los autores Silver Kane y Marcial Lafuente Estefanía, con ellos cabalgué por esas páginas y páginas sin dibujos, líneas y más líneas de palabras que me encendían la imaginación y me dejaban complicado cuando salían frases como "sus túrgidos senos". "Se refiere a las tetas, pus huevón", me decía Tito, con su pedagogía de minero. Por muchos años fui un gran pistolero en mi casa, el mejor Sherif y el mejor conductor de diligencias, sin que nadie se haya dado cuenta.

"El tiempo pasa centelleante

Como el revólver que veloz desenfundaba

En mi niñez de cowboy

Frente al espejo grande de mi madre".

(De "El Convoy del Insomnio")

Pero el verdadero milagro de los libros vino un poco después, cuando yo tenía diez años. Mi padre, en su joyería, atendió a un vendedor de esos que llegaban en el tren de las 11 de la mañana y se detenían en los locales comerciales y casas que se veían más prósperas a ofrecer sus productos, generalmente importados y traídos en barcos que solamente habían navegado en su imaginación. Pero a este vendedor no le había ido tan mal, pese a que vendía libros y en el pueblo muy pocos eran aficionados a la lectura. Era persuasivo y había vendido algunas colecciones a comerciantes, profesores y trabajadores del carbón, quienes debían pagar los libros en cuotas mensuales. Convenció a mi padre para que le comprara un par de enciclopedias y asumiera el rol de "habilitado", que consistía en recibir mes a mes las cuotas que debían pagar los compradores y remitirlas a Santiago, donde estaba la editorial. Por este trabajo, tan fácil y sencillo, mi padre recibiría un porcentaje que, según sus cuentas, le permitiría disponer de manera gratuita los libros que recién había comprado. Por supuesto que muy pocos llegaron a pagar y mi padre no tenía tiempo ni ganas de ir a cobrar casa por

casa. El debió pagar esas cuotas, porque así decía el convenio de habilitado que nunca leyó. Se las arregló, sin embargo, para que los que no pagaban devolvieran las cajas con los libros



y las fue apilando en un cuarto húmedo y oscuro donde había un montón de otros cachivaches como bicicletas viejas, maderas para construcción, etc. Esa habitación no tenía luz, pero mi hermano menor, provisto de una linterna, me llevó un día a ver ese tesoro que él ya había descubierto: eran cientos de libros, algunos con llamativas tapas, que abarcaban desde temas científicos a cuentos de hadas. Las enciclopedias eran atractivas por sus ilustraciones, pero saqué a escondidas un par de cuentos. No nos atrevíamos a tomar esos libros abiertamente y llevarlos a nuestra habitación, porque mi padre abrigaba la ilusión de que un día el tren de las 11 traería nuevamente

al vendedor y él podría pasarle todas esas cajas de libros, recuperando el dinero que había tenido que enviarle por correo. A la espera de aquel tren la mitad de los libros se pudrió, pero salvamos la otra mitad gracias a que mi madre se paró frente a mi padre y le dijo que ya estaba bueno de tirar de esa manera el dinero y que los “chiquillos” podrían quedarse con esos libros para tener un poco más de cultura general; dejándose para ella, de paso, un par de colecciones fantásticas, que hablaban de “la mujer en Mesopotamia, la mujer en Egipto, etc.,”, enciclopedias que hablaban de las costumbres, las vestimentas, la economía y la comidas en cada una de esas recónditas tierras. La sección de las comidas y las ropas hicieron las delicias de mi madre las pocas veces que logró atrapar algunas horas para ella misma. Desde entonces no volvimos a las revistas de historietas ni a las de pistoleros; entramos a las grandes ligas cuando en la escuela no había biblioteca ni a los profesores se les ocurría pedirnos que leyéramos un libro. Primero nos devoramos una colección llamada “Las travesuras de Naricita”, que leíamos a nuestros hermanos más pequeños para que también tuvieran parte del botín; después vinieron libros de autores chilenos. Recuerdo “El mestizo Alejo y la criollita”, “El vaso de leche y otros cuentos” ...en fin. Mi hermano encontró dos tomos gigantes de EL QUIJOTE. No teníamos idea de esa insigne novela, pero mi hermano

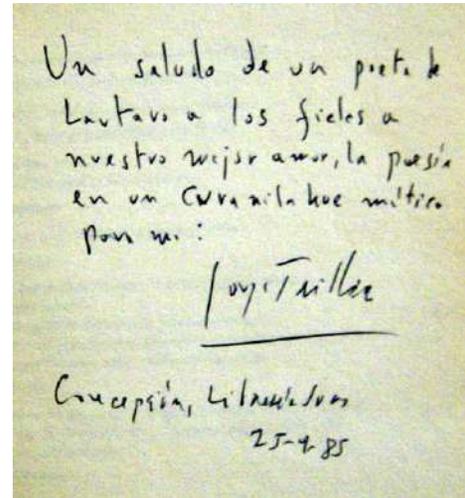
la estuvo hojeando y me dijo que tenía unos dibujos de terror. Iluminados por el foco de la linterna, las siluetas de las ilustraciones de Gustavo Doré se veían aún más fantasmagóricas.

Mis hermanos son buenos lectores, aunque destacaba Leonel, el de la linterna, un par de años menor; gran lector de variadas temáticas. Cuando Vargas Llosa obtuvo el premio NOBEL, me llamó para decirme que estaba muy contento, que sentía algo así como si le dieran el premio a un familiar suyo...y tenía algo de razón, habíamos leído todo lo de ese escritor y más de una vez habíamos comentado sus novelas. En una ocasión, cuando él vivía en Santiago y yo era profesor en Curanilahue, encontró en una librería a Nicanor Parra; se acercó a saludarlo, a contarle que tenía un hermano profesor que era un gran admirador de la antipoesía. Consiguió un saludo escrito por el poeta para mí y me lo hizo llegar.

En la enseñanza media mis lecturas se ampliaron y, posteriormente, en la universidad se dispararon por mis clases de literatura. Seguí leyendo a Neruda hasta enfermarme con *Residencia en la Tierra* (tango del viudo, no hay olvido, walking around). Nicanor Parra me sacó de la angustia y me empujó a la claridad de los antipoemas. Por ese camino un día me encontré con los versos de Teillier, escuché su tono familiar y vi aquellas imágenes que me cautivaron para siempre. Fue como encontrarme con un hermano mayor que regresa a casa después de largo tiempo y esa primera noche, en la intimidad del cuarto, me cuenta las cosas nuevas que ha visto. Y me las cuenta usando las mismas palabras que conocemos desde niños, con esos giros y códigos que sólo la familia conoce, de manera que puedo sentir que también he vivido esas historias. En 1985, tuve la oportunidad de conocerlo. Fue en un encuentro que organizó la desaparecida editorial SUR, de Concepción, con el poeta Juan Pablo Riveros y el ensayista Mauricio Ostria. Teillier llegó portando su nuevo libro, escrito para celebrar sus cincuenta años, *CARTAS PARA REINAS DE OTRAS PRIMAVERAS*. Tengo ese ejemplar, donde escribió, a pedido mío, un saludo para los poetas de Curanilahue. Teillier lucía un largo abrigo negro, de cuero, anudado a la cintura. Venía de pasar una temporada en un centro de rehabilitación donde no pudo rehabilitarse. Con ese abrigo y su palidez podía parecerse a esos tipos de la S.S. o a un espía de la guerra fría, pero lo salvaban su pelo largo y las patillas setenteras. Hablaba despacio, como si le costara pronunciar las palabras. Parecía mirarnos y no vernos. Leyó algunos poemas de ese libro. Los organizadores lo trataban como

a un verdadero gurú. Conocedores de su obra, sabían que estaban frente a unos de los últimos poetas que vivía como su yo lírico.

El segundo día debía asistir a un encuentro con un grupo de poetas emergentes, donde lo esperamos por más de dos horas. Por fin llegaron con él, después de rescatarlo de un bar donde estaba bebiendo desde hacía un par de horas. Escuché nuestras lecturas. Otra vez su voz salía arrastrándose apenas y había que estar en silencio para escucharlo. Dijo: «¿qué les ha dado a los jóvenes por escribir sobre la muerte?». Luego dijo otras cosas; pocas cosas, arrastrando la voz.



y partió nuevamente al bar, llevándose a los organizadores, quienes trataban, inútilmente, de protegerlo de la lluvia con un paraguas que una de las poetisas emergentes le entregó a manera de ofrenda. Cerramos aquel encuentro con un cóctel y unas canciones. Yo canté una que había compuesto recién: «...no es un ajuste de cuentas/ la vida no es/a pesar de tantos muertos/ cada día descubiertos...»

He sido fiel a Teillier. Una vez viajé desde Lebu a Curanilahue con Gonzalo Rojas. El regresaba a Chillán después de un acto en su homenaje, al que yo había asistido, y me pasó a dejar a mi casa. En el trayecto me preguntó: ¿«y qué están leyendo los jóvenes ahora?»». Bueno -le dije, -dándome tiempo con esa muletilla para decidirme entre responderle «a usted maestro» o «leen de todo un poco», porque yo no tenía idea qué estaban leyendo los jóvenes. El me sacó del apuro y me dijo, mientras miraba hacia los espinos florecidos al borde del camino: «¿Siguen leyendo a Lihn?». Sí, - le dije, -pero también están leyendo a Teillier «. Me dio un par de segundos, supongo, para que agregara» y a usted», pero no dije nada. El conductor me miró por el retrovisor. El ronroneo del auto, cruzando el puente sobre el río Pilpilco, se escuchó nítidamente. Esa lealtad con Teillier me impidió estrechar lazos con Gonzalo Rojas, pero me trajo dividendos, años después, cuando iniciábamos el proyecto ORQUESTA JUVENIL DE CURANILAHUE. Américo Giusti, primer director de la orquesta debió quedarse a dormir en mi casa cuando estábamos iniciando aquel proyecto.

Teníamos una amplia sala destinada a biblioteca, donde preparamos su cama. Hurgando entre los libros, encontró unos de Teillier. Dotado de una fina sensibilidad estética y de una gran experiencia como lector, Américo me preguntó si me gustaba ese autor. Le dije que sí, que era mi poeta preferido. Sus ojos brillaron y me contó que también era su poeta preferido. Algunos días después me llevó de regalo «Le Petit Teillier ilustré», un libro con formato de historieta dibujado por Germán Arestizábal. Sellamos así un pacto, creo yo, al lado de aquel poeta, para sacar adelante el proyecto de la orquesta juvenil. Y cuando la primera generación de músicos terminó aquel ciclo virtuoso, y tocaron juntos por última vez en la Plaza de la Constitución, frente al palacio de gobierno, Américo los despidió parafraseando a Teillier ; «si esta noche viera caer una estrella/ no tendría ningún deseo que pedirle».



Conocí personalmente a Gonzalo Rojas en uno de sus viajes a Lebu, cuando ya había regresado de su exilio y se había instalado definitivamente en El Renegado, cerca de Chillán. Fue gracias a una invitación de Jaime Rocha, entonces diputado Radical por la provincia de Arauco. En casa de su familia nos tomaron esta foto, mientras compartíamos un vaso de vino y conversábamos de poesía. Varios años antes, Jaime le había enviado a Alemania mi primer libro de poesía, y Rojas le respondió en una carta , que yo también leí, que había recibido el libro, hacía algunos comentarios y deseaba suerte al joven poeta. Pude verlo en un par de ocasiones más, en Santiago, durante importantes eventos nacionales e internacionales de poesía, convertido en una figura de culto. Estaba rodeado permanentemente por una corte de mujeres, de todas las edades, que lo buscaban como si fuera un rock star. Tenía presencia permanente en los medios y disfrutaba de premios importantes en la última recta de su vida. Gran poeta; escucharlo recitar sus versos era toda una fiesta.

Aunque la llegada de internet redujo mis lecturas, todavía descubro escritores que me quitan el aliento y me convierten en adicto a sus páginas: Agota Kristof, con una palabra tan

desnuda; Alessandro Baricco, versátil y alado, Haruki Murakami, cautivador, como un hechicero; Yuval Noah, con el origen de nuestra historia y el rumbo de nuestro futuro..., pero siempre encuentro tiempo para releer a mis grandes héroes: García Márquez, Juan Rulfo, Vargas Llosa... además de los poetas que me han acompañado en todo el camino. Mis hijos también han disfrutado de la literatura, son buenos lectores, especialmente Camilo, que además es muy buen escritor, aunque lo suyo es la narrativa. Acostumbro a ir con mis nietos a las librerías cercanas y a ferias del libro. Les gustan los libros y el mayor ya es muy buen lector. Les dije que los llevaría a librerías de viejos para ahorrar un poco: dos libros cuestan alrededor de cincuenta mil pesos. Así no tendremos nunca buenos lectores en Chile.

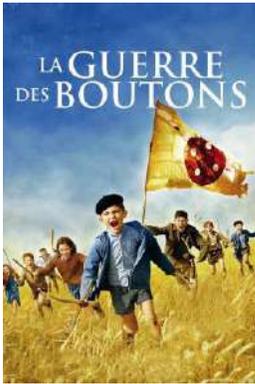
3.- EL CINE

“Apresúrese, que faltan sólo breves instantes para dar comienzo a la película...”

En Curanilahue no tuvimos cine hasta que el turco Gazale instaló uno frente a la plaza del pueblo. Se llamó CINE PLAZA, y yo lo conocí como a los 10 años. Pero antes de eso ya había visto películas, mejor dicho, partes de películas en esa especie de cine itinerante del Sr. Quiroga, que llegaba una o dos veces al año en una camioneta con un telón y una máquina

proyectora de películas. Generalmente conseguía que le prestaran el Sindicato de trabajadores del carbón, que estaba ubicado en el centro del pueblo y contaba con un espacio amplio donde se instalaban bancas y sillas. Poco antes de la función, recorría en su camioneta las calles, perifoneando la película con una horda de chicos corriendo detrás del vehículo. A veces este seguidor de los hermanos Lumière prefería asegurar sus ingresos y se asociaba con los directores de escuela para dar funciones de películas clásicas para niños, compartiéndoles parte de sus ganancias. . Pero las grandes películas se exhibían en el sindicato, que tenía un subterráneo enorme que daba a la calle de atrás, donde estaba mi vecindario. Allí el subterráneo era más amplio y estaba habilitado como un taller mecánico donde trabajaba un joven llamado Américo que nos permitía entrar al taller, subirnos a unos bancos mecánicos y pegar los ojos en alguna ranura de aquel techo que era, a la vez, el piso del sindicato y que nos permitía mirar la película por turnos. Generalmente eran películas mejicanas, de modo que podíamos escuchar todo desde abajo. No sé cómo mis amigos y yo descubrimos ese tesoro. Algunos niños eran tan pequeños que el fornido Américo los tomaba en sus brazos y los acercaba a los agujeros del techo. Para cuando el turco inauguró su cine "Plaza", nosotros ya estábamos embrujados por las películas. El propio turco difundía sus funciones vespertinas con una voz nasal que salía por los parlantes hacia la plaza y que con el tiempo casi todos imitábamos en el pueblo: " ...y apresúrese que faltan solo breves instantes para dar comienzo a la película tanto y tanto, con la gran estrella del cine mundial, fulana de tal, y el galán del cine moderno, zutano de tal ..., en tres únicas funciones: *Matinée, Vermouth y noche.*" Nadie conocía a esos actores, pero sus nombres, pronunciados por el turco en otro idioma, nos daban la sensación de estar frente a una obra clásica ; luego los parlantes emitían una canción de moda, después un tema musical instrumental y , finalmente, una marcha tipo ADIOS AL 7° DE LINEA ; se apagaba la luz al interior del cine y con un aplauso comenzaban las imágenes del planeta tierra girando en el espacio mientras una voz característica decía "**el mundo al instante**" y partía el noticiero UFO que traía las noticias del mundo, atrasadas, por cierto, y en blanco y negro. Terminado el noticiero venía una sinopsis de las próximas películas , se encendía la luz, se escuchaba otro tema musical , pasaban los vendedores de caramelos , se apagaba la luz y comenzaba la película, otra vez en blanco y negro , la que generalmente se cortaba uno o dos veces , originando una silbatina gigante con patadas en el suelo e insultos hacia un tal Pato, que era el que en ese

momento cortaba la cinta salpicada y volvía a pegarla hasta lograr continuar con la película en medio de los aplausos y la perplejidad del público que no lograba entender qué había pasado para que la heroína hubiese muerto sin que nos diéramos cuenta, de modo que la silbatina se iniciaba nuevamente junto con las patadas en el suelo y los garabatos hacia el tal PATO, que era cojo, por lo que también le gritaban "ya, pues, cojo" sin saber que para que el cojo pudiera continuar la película debía sacrificar la parte de la cinta que se había atascado, doblado o quemado.



La primera película que vi allí se llamaba LA GUERRA DE LOS BOTONES, era a beneficio de una escuela, así que fuimos casi todos los estudiantes del pueblo. Estaba tan lleno que faltaban asientos. Yo quedé detrás de otros niños más grandes y no alcanzaba a ver la pantalla; mi hermano mayor, Mario, que sólo tenía un año y medio más que yo, me alzó sobre sus hombros y me aguantó así toda la película para que yo pudiera verla. Recuerdo nítidamente haber ido al cine varias veces a escondidas de mis padres para ver algunos capítulos de una serie de cowboy llamada "El Jinete Escarlata". Tomaba algunas monedas de la caja que tenían mis padres en la joyería y con eso me alcanzaba para el boleto del cine y para un paquete de galletas que pasaba a comprar a la tienda del Ñato Cuevas. Mi madre me descubrió una tarde, cuando yo salí del cine y ella venía de una reunión de apoderados. Nos cruzamos en la plaza. ¿Qué andas haciendo aquí, tan tarde?, me preguntó. "Vine a encontrarla, justamente porque es muy tarde" le dije, sintiéndome podrido por la mentira y tomándola del brazo. El recorrido a la casa lo hice con los ojos cerrados, dejándome llevar por mi madre. A veces abría los ojos y miraba hacia el cielo, donde la luna parecía perseguirme. Recuerdo eso como una especie de milagro: no hay miedo, solamente seguridad si tu madre te quiere y protege.

"Nunca más, la luna persiguiendo mi silueta

Los adultos nunca miran hacia el cielo"

(Canción NUNCA MAS)

En ese cine estuve a punto de abrazar a una compañera de curso de la cual me enamoré en el liceo. Varias veces pasé mi brazo por detrás de su butaca, pero nunca fui capaz de depositarlo

en sus hombros, oler su cabello, tomar su mano o darle un beso, como había deseado ...aquella maldita timidez que me acompañó hasta muchos años entrada mi juventud me lo impidió. La amiga que me había hecho toda la coordinación para ir con ella al cine y sentarnos juntos, me dijo después que aquella chica se había aburrido conmigo. Entonces le creí y casi muero de desilusión, pero muchos años después, en un fortuito encuentro que tuve con esa compañera, supe que estuvo esperando durante toda la película que yo lograra mi cometido.

El cine continuó siendo algo maravilloso. Con mis compañeros de internado escondíamos nuestros delantales en un lugar del patio, saltábamos el muro y nos fugábamos e íbamos a ver películas para mayores en el cine Windsor, donde el que cortaba los boletos nos agregaba 5 años gracias a la propina que le dábamos. Nos íbamos a unos cines que pronto dejarían de existir con la masificación de la televisión: el cine Rex, el cine Concepción, el cine Romano, el Lux, el Astor, el Regina, el Cervantes y otros que no recuerdo. A veces los inspectores nos sorprendían cuando saltábamos el muro para reingresar al internado o nos estaban esperando porque alguien nos había delatado. Eran tres días de suspensión más el castigo que nos esperaba en casa. Pero valía la pena, para mí, que poco a poco fui encontrando el tipo de cine que más me gustaba. Inolvidable fue el cine francés, con actores como Jean Gabin y Alain Delon, en esas películas de mafiosos, y la hermosa actriz Romy Schneider. Esas películas francesas las veía dos veces en los rotativos; la segunda vez me echaba hacia atrás en la butaca y cerraba los ojos. El francés es un bello idioma. Me aprendí una canción que era la banda sonora de aquella película donde moría la novia de Alain Delon "Leticia, je ne savais pas que tu étais tout por moi ." La canté en la clase de francés y la profesora me puso un siete. Descubrí a Hitchcock en "vértigo", a Bergman y su actriz favorita, Liv Ullman... Cuando ingresé a la universidad vino "El graduado", con una música extraordinaria, lo mismo "Cowboy de medianoche" y "O Lucky Man!", opacada por "La Naranja Mecánica", del mismo actor. Ahora veo películas y series en plataformas de streaming, cientos de ellas, pero no es lo mismo, no me impactan ni emocionan como aquellas

El cine Plaza, de Curanilahue, sirvió de escenario para que muchos niños y jóvenes desarrollaran sus habilidades artísticas. Tenía un escenario donde yo mismo estuve haciendo música con mi grupo y cantando. Allí vi a Raquel, bailando el kazachok vestida de rusa, en un aniversario de su liceo; allí se hizo la velada de la fiesta de la primavera en que ella fue

reina y yo, a regañadientes, su príncipe consorte; allí entregué diplomas a los estudiantes que se licenciaban de cuarto medio, cuando ya era profesor, y allí recibí la reprimenda de la profesora de música que dirigía el coro del liceo en esas ceremonias de graduación de los egresados de cuarto medio, porque me había pedido que yo le diera el tono LA MENOR, apretando una tecla pintada de amarillo en el acordeón que ella dejó colgado en uno de los vestidores del cine, cercano al escenario, porque no quería salir con ese viejo acordeón colgado de sus hombros, echándole a perder su traje de gala. A su señal, que consistía en un carraspeo, yo debía oprimir la tecla amarilla para que los coristas tomaran el tono e iniciaran su tema clásico "es mi caballo blanco...". Alguien apagó las luces de los vestidores, para que resaltara el coro, y yo, a tientas, busqué el acordeón, pero apreté una tecla que no era la nota que ella esperaba... los alumnos se agarraron de esa nota y subieron al caballo blanco que se fue galopando para cualquier parte, menos para donde tenía que ir. En la parte alta de la canción los estudiantes se desgañitaban tratando de dar con el tono mientras las carcajadas brotaban desde las butacas a oscuras. La vieja profesora detuvo a sus cantores, se giró hacia el público y le hizo una señal con la palma abierta de su mano, volvió a girarse y se dirigió a los vestidores, donde yo estaba escondido con el maldito acordeón en la mano. Llegó taconeando, me arrebató el acordeón diciéndome "pasa p'acá tontorrón" y se dirigió al escenario donde el público la recibió ahora con grandes aplausos y le gritaba "maestra", pese al vetusto instrumento colgando de sus hombros. Años después, en ese mismo cine, di mi único concierto como cantautor, del cual quedaron canciones grabadas e imágenes tomadas con una de las primeras filmadoras que aparecieron en el pueblo y que un amigo nos facilitó. En una imagen aparece Camilo, con apenas unos meses de vida, en los brazos de Raquel, primero, luego en la palma de mi mano; allí también llevé a Paulo y Daniela a ver "jóvenes pistoleros" cuando tenían menos de diez años y el cine estaba cerrando sus puertas para comenzar a funcionar como iglesia evangélica, arrendada por una congregación de las muchas que hay en Curanilahue.

4.- LA MUSICA

"...PERO QUEDA LA MÚSICA" (LUIS EDUARDO AUTE)

Cuando tenía unos siete años, mis padres compraron una confitería que estaba en un lugar muy céntrico del pueblo y a la que los vecinos denominaban "Pastelería". No sé si alguna vez vendieron pasteles allí, pero en la época en que mi madre la administró no los vendimos. Recuerdo que había galletas, y no en paquetes, sino sueltas, lo que se denomina "a granel". Se vendía por un kilo, medio kilo, un cuarto. Llegaban unas cajas de latón, con hermosos dibujos de colores, y se instalaban en unas estanterías con unas tapas de vidrio. Todas las cajas tenían distintos tipos de galletas y eran de una fábrica llamada Hucke. Después llegaron cajas de cartón de otra marca que venía precedidas por una cantinela que las promocionaba: "Galletas McKay, más ricas no hay" Los confites también se exponían en unos grandes frascos de vidrio, con tapas metálicas plateadas y doradas. Eran de la marca Ambrosoli y los niños solían quitar el envoltorio de celofán con mucho cuidado para guardarlos después, extendidos, en las hojas de sus cuadernos, donde el aroma del confite duraba un buen tiempo. Las niñas de mi curso las coleccionaban, y yo les contribuía frecuentemente a sus colecciones. También se vendían helados fabricados allí, en una máquina gigantesca, muy antigua, en la que podíamos batir helados de crema y preparar paletas de agua, de distintos sabores y colores. Yo aprendí a fabricarlos muy bien, y era el ayudante de mi madre en esas tareas. Pueden sorprenderse, pero les diré cómo se fabricaban: en las mañanas pasaba el vendedor de leche. Venía en una carreta o en un caballo y nos entregaba dos garrafas o damajuanas de diez litros de leche fresca, proveniente de los campos aledaños que existían antes de que las forestales se hicieran de esos campos y los convirtieran en bosques de pino. Esa leche fresca pasaba luego a un fondo de fierro o aluminio donde se hervía lentamente en una cocina a leña. Una vez fría, se vertía en el cilindro central de la máquina heladera, que giraba velozmente en torno a un eje y donde se introducía una paleta grande de madera para ir cortando la leche, la que se iba endureciendo a medida que transcurría el tiempo en ese cilindro sumido en hielo. A esa leche se le echaba una porción de azúcar y la esencia en polvo de un helado, por ejemplo, de vainilla; pero mi madre siempre innovaba en estas cosas, y le

echaba frutas a la leche, por ejemplo, plátanos, duraznos, frutillas, etc., creando una línea de helados artesanales y sin esencias químicas; por supuesto que el público los prefería con esencia y muchas veces los helados naturales teníamos que botarlos. A mí me gustaba preparar pasas el ron, le echaba media botella de ron a la leche, azúcar, pasas y algunas frutas confitadas picadas minuciosamente. Rogaba que nadie pidiera ese helado, así podía consumirlo a destajo.

Una de las cosas más importante de ese cambio de casa fue que me hizo salir de la rutina de niño, leyendo revistas de historietas y escuchando radio. De golpe pasé a ser ayudante en la fábrica de helados y vendedor ocasional de galletas, confites, bebidas y cigarrillos. Este nuevo vecindario estaba lleno de locales comerciales. Había carnicerías, fruterías, bodegas de vino, esquinas donde mujeres y niños pregonaban el pan amasado en las horas claves. Pasaba largos ratos parado en la puerta principal de la "pastelería", mirando el movimiento que allí se generaba. Al frente había un restaurant donde nunca vi a nadie comiendo, pues solamente vendían vino y licores. Su éxito radicaba en un wurlitzer que reproducía durante



todo el día las canciones que los parroquianos iban marcando en el teclado luego de poner una moneda en la ranura. Se podían programar o cargar varios discos de manera consecutiva, por lo que, de acuerdo al gusto musical de cada parroquiano o a su estado de ánimo, se podían escuchar verdaderos recitales de canciones mexicanas o boleros de esos que buscan remecer las fibras del alma. El wurlitzer tenía un vidrio semi-redondo que dejaba a la vista los discos de vinilos que giraban primero en una danza fantástica para luego detenerse mientras el brazo mecánico seleccionaba el disco marcado y, tras un chirrido, la música tronaba por los parlantes del tocadiscos gigantesco, daba un par de vueltas por la cantina, coreada por los borrachos, salía con decisión a la calle y entraba por la puerta principal a nuestra casa, haciéndonos cómplices de ese cancionero pueblerino abundante en rancheras, baladas, boleros, temas de Leo Dan, Sandro, Los Iracundos, Palmenia Pizarro, Cecilia, el Pollo Fuentes, Los Angeles Negros y tantos otros. Uno de esos discos era ajeno al repertorio y me gustaba mucho. Eludiendo a mis padres, ingresaba a la cantina y marcaba el disco "sabor a miel", de Herb Albert y su Tijuana Brass, y regresaba para escucharlo desde mi casa. La

música de ese wurlitzer, las canciones que escuchábamos en Radio El carbón o Radio Minería, mezcladas con radionovelas y noticias, fueron “la banda sonora” de mi niñez y adolescencia, salpicada por los cantos evangélicos que a veces se enredaban con la música del wurlitzer en esa esquina conocida como “la cruzada”, especialmente en las tardes, cuando los innumerables evangélicos de las Iglesias que le disputaban palmo a palmo los metros cuadrados a las cantinas y bodegas de vino salían a pregonar el fin del mundo y remataban con sus cantos de vida acompañadas de guitarras, acordeones, mandolinas y las infaltables panderetas. La confusión de melodías duraba solamente hasta que pasaba la locomotora a vapor, haciendo sonar estruendosamente sus pitazos y dejándonos el hollín en la cara y en los cuellos de las camisas del uniforme escolar.

Mi madre era aficionada a la música, pero más que a escuchar canciones en la radio, prefería entonarlas. Siempre la escuché tararear melodías con una voz muy dulce y un muy buen oído. Después me di cuenta de que los Burdiles tenían vocación de músicos. Cuando yo tenía como diez años pasó a visitarnos el menor de mis tíos Burdiles, que andaba paseando con un amigo que portaba una guitarra. Mi madre le pidió una canción y mi tío, que ya era seguidor de Presley, Paul Anka y otros de esa década prefirió agasajarla con una canción de los Charchaleros, que a mi madre le gustaba mucho, y que decía “Angélica, cuando te nombro me vuelves a la memoria”. Allí quedé encantado con la voz de mi tío y con los acordes fascinantes de la guitarra. Puede decirse que allí nació mi compromiso con la música; lo que hasta ese instante había sido un canal explorado de manera intuitiva, ahora sería buscado con mayor ahínco y profundidad. Había ratos en que debíamos colaborar con el trabajo de nuestros padres, y reemplazarlos mientras iban a almorzar. Los días en que me tocaba hacer ese turno, yo aprovechaba el bajo flujo de clientes para tomar la escoba y ponerme a cantar, simulando que la escoba era la guitarra. Pienso, ahora, que mi madre debió haberme visto en esos simulacros y quedó oculta mientras me observaba. Pienso que ella pudo hablarle de esto a mi padre, porque una noche en que regresó de uno de sus viajes a Santiago, trajo consigo, en una bolsa de nylon, una guitarra de marca NOVOTON y nos dijo que era para nosotros. Pero “nosotros” éramos ya seis hermanos, y el séptimo venía de camino. Los mayores nos aprovechamos. Mi hermano mayor se la llevó para el internado y cuando regresó, en las vacaciones de verano, la dominaba perfectamente y tenía un repertorio totalmente a la moda. Pero yo también había adelantado camino con la escoba, así es que el semestre siguiente fue

mi turno, me quedé con la guitarra y aprendí los primeros acordes; LA, RE y MI. Todas las canciones encajaban perfectamente en esos tres acordes, de acuerdo a mi percepción, pero la verdad es que mi madre tuvo una paciencia de santa para escuchar todo el día esas lateras y lánguidas canciones y más encima felicitarme por lo bien que tocaba y la linda voz que tenía. No recuerdo cómo fue que conseguimos otra guitarra, de manera que Mario y yo tuvimos una guitarra propia. A veces tocábamos y cantábamos juntos. Quedó claro que Mario era mejor músico y que yo era más entonado para cantar. Por esos años agregué a mis lecturas una revista llamada Musiquero, que traía las letras de las canciones con sus acordes para guitarra y la revista Ritmo. Los años pasaban volando.

Al verano siguiente, cuando ya tenía 14 años, un muchacho mayor que yo, y que era uno de los pocos universitarios del pueblo, se acercó para presentarse y conversarme de música. Nuestras familias se conocían, en verdad vivía frente a nosotros y sus padres tenían un Restaurante en cuyo subterráneo a veces se organizaban cenas bailables, especialmente en las fiestas dieciocheras, ya que era común que el aguacero cayera sobre las ramadas levantadas al otro lado del río haciendo huir a los bailarines que corrían a ese subterráneo para tratar de conseguir una mesa y seguir con la celebración. El lugar era conocido como "El Sótano". Omar me dijo que él tenía en su casa una batería y una guitarra eléctrica y quería



formar una banda. Estaba buscando músicos y había escuchado que yo tocaba guitarra, de manera que me invitó a formar parte de su grupo. Tenía en mente a otro muchacho, según me contó. Llegó el día en que nos juntamos en su casa, por primera vez; los otros músicos serían Nassim y Horacio, ambos

estudiaban en Concepción. Horacio estaba en el mismo internado que yo; Nassim estaba en otro. Nassim era hijo del dueño del cine y Horacio era hijo de profesores

No sabíamos tocar mucho y nos faltaban instrumentos. Omar distribuyó los roles y a mí me tocó ser el bajista. El primer bajo fue totalmente artesanal, hecho por un estudiante de escuela

industrial. Los primeros amplificadores estaban formados por tubos y los micrófonos salían por unas bocinas. Llegó el momento de nuestro debut. Fue en el mismo "Sótano", sin mucha gente, para ir de a poco soltando los nervios. Todos los presentes, que eran amigos y familiares, encontraron fantástica la creación del grupo musical, que era el primero con instrumentos eléctricos en Curanilahue. Seríamos los Beatles de allí, nos decían y aplaudían. Pero yo me fui para la casa con una sensación de fracaso. No escuchaba el sonido del bajo, y estaba seguro de que no estábamos afinados. El jefe del grupo tocaba la primera guitarra, pero iba siempre desfasado, a mi juicio no tenía ritmo. El baterista y el guitarrista trataban de seguirlo, pero también se perdían y atravesaban en el ritmo. Así pasamos un buen tiempo, con muchas horas de ensayos los fines de semana y pudimos armar un repertorio para que la gente pudiera bailar cumbias, valsés, boleros además algunos temas para "escuchar", especialmente de grupos que estaban de moda, como The Shadows. En esos meses se estaba fraguando lejos de allí el primer festival de rock : Woodstock. El verano llegó y mi hermano se vino de vacaciones desde su internado, en Victoria. Le conté del grupo que habíamos formado y lo invité a escucharnos. El también había formado su grupo en Victoria, y me contó que a veces se fugaba del internado con dos músicos más, un guitarrista y un acordeonista para ir a amenizar bailes. Ocurrió que el jefe de nuestro grupo no estuvo en ese ensayo, y yo le dije a Mario que por qué no tocaba él un rato la primera guitarra. El venía de la guitarra acústica, pero su rol era llevar la melodía como primera guitarra, de manera que en menos de lo que canta un gallo estábamos tocando unos temas donde todos pudimos sentirnos parte de la música y sonamos de manera extraordinaria. Allí nos dimos cuenta de que no llegaríamos lejos con nuestro jefe de grupo y mecenas, y que, si queríamos prosperar, tendríamos que abandonarlo. Yo fui el traidor, lo reconozco, o el líder, como quieran entenderlo mejor. Salimos sin ningún instrumento, porque todos le pertenecían. Pero los astros se alinearon: el padre de Nassím , que era el dueño del cine, le prohibió seguir en el grupo, , por lo que nos dejó el cupo para un muchacho del que nos hablaron varios amigos. Era un poco menor que nosotros y tenía una batería. Raúl era nieto de la dueña de la farmacia del pueblo, le decían el botica o el mejoral; era un chico inquieto, muy inmaduro, pero de reflejos rápidos para la batería. Su abuela le hacía el gusto en todo, ya que era el único varón de esa casa. Raúl se deshizo de la batería vieja que tenía y que era de estudio, y le pidió a su abuela una batería profesional, marca Yamaha, que impresionaba por su tamaño y calidad.

La abuela, además, compró un amplificador. Así reordenamos el grupo, le cambiamos nombre, y tuvimos la sala de ensayo en una pieza grande de la farmacia del pueblo. A veces la abuela de Raúl no escuchaba el pedido de los clientes por el ruido de los platillazos y del bajo, pero atendía con una sonrisa, porque su nieto amado estaba contento. La verdad es que el nieto duró muy poco tiempo contento, a veces se mandaba a cambiar en mitad del ensayo, sin dar explicaciones, o nos cortaba la luz. Tenía unas cosas muy raras. Pero nos consolidamos y fuimos un grupo conocido que animó muchas fiestas en Curanilahue durante años y que alcanzó cierta calidad. Tocamos en otras comunas, trasladándonos en el auto que la abuela le compró a su nieto cuando cumplió 18 años.



No sé cómo mis padres no nos impidieron ser parte de esa banda. Sabían que trasnochábamos, que bebíamos y fumábamos. Una sola vez mi padre quiso quitarnos ese permiso, pero allí debe haber estado la mano de mi madre, porque seguimos, aunque con la promesa incumplida de que no beberíamos. Yo había ingresado a la universidad y a veces era duro cumplir con los estudios y mantener los ensayos para las actuaciones que contraíamos, porque en esa época ya firmábamos contratos por esas actuaciones, algunas de las cuales duraban dos o tres días; fiestas patrias, años nuevos, fiestas de la primavera, carnavales de verano. A veces tocábamos todos los fines de semana. Por esa época incorporamos algunas canciones en el repertorio, así cumplí mi sueño de tocar y cantar. El año 73 conseguimos el mejor contrato.

Los Bomberos harían la ramada del baile oficial del 18 de septiembre y nos habían contratado por una alta suma de dinero. Compramos otro amplificador y renovamos algunos instrumentos a cuenta de ese contrato, también nos mandamos a hacer unos trajes, para ir cambiando cada noche. Pero unos días antes del dieciocho vino el golpe militar y se suspendieron las celebraciones. Quedamos endeudados y el estado de sitio nos dejó un largo tiempo sin trabajo. La verdad es que ganamos algo de dinero, pero casi siempre lo usamos para mejorar los instrumentos. Otras veces, en los bailes, al término de nuestra actuación nos íbamos a sentar con otros parroquianos y pedíamos un par de botellas de pisco con coca cola o con ginger ale y algunos sándwiches, así se nos iban las ganancias. En una ocasión, durante la fiesta de la primavera, tocamos en el baile de coronación de la reina. La Reina era Raquel, mi novia, y cuando vino aquel ritual del remate del baile con la reina, mientras los ricachones del pueblo ofrecían altas sumas por el baile, mi hermano se acercó con los otros músicos y me dijeron “¿y vas a permitir que uno de esos huevones baile con ella? ¿Por qué no rematas tú el baile?”. Le hice caso y levanté la mano, desde arriba del escenario, para ofrecer la suma que era mi parte del contrato, pero muy luego me quedé corto y mi oferta fue sobrepasada, entonces mi hermano dijo “yo pongo la parte mía”, y los ricachones seguían subiendo la oferta, vino el turno de los otros, del baterista y el guitarrista que también se sumaron solidariamente. Esa noche, mientras el grupo tocaba un vals, yo bailaba en la pista con Raquel con la satisfacción de haberle ganado a los ricos, pero triste por haberle ocasionado aquel gasto a mis compañeros.

Un día estábamos ensayando en la farmacia. Era una cumbia instrumental muy melodiosa y cadenciosa que habíamos escuchado en algún lado y que la habíamos incorporado al repertorio. (no existían las grabadoras portátiles, los temas se copiaban como la memoria lo permitía) No sabíamos su nombre. Por alguna razón que no recuerdo llegó hasta la sala de ensayos el cuñado de nuestro baterista con un visitante. Siempre llegaba con alguien para mostrarle la banda. Esta vez se trataba del Gobernador de la Provincia de Arauco, un coronel de Carabineros que había sido nombrado por el gobierno de Pinochet. Muy buen bailarín, el Gobernador ensayó unos pasos mientras tocábamos, y al finalizar el tema nos dijo que le había gustado mucho el grupo y que nos contrataría para una fiesta popular en la comuna de Lebu, donde estaba la Gobernación. “Tienen que tocar esta cumbia”, nos dijo. Yo firmaba los contratos, y por aquel evento le cobramos 3.500 , no sé si escudos o pesos. Nos

preparamos con rigor para esa presentación y prácticamente le sacamos brillo a la cumbia cadenciosa. Para referirnos a ella, entre nosotros la llamamos "la 3.500", en homenaje a la cifra que nos había generado en aquel contrato. El Gobernador presidía el show y estaba sentado arriba, en el escenario, de cara al público que llenaba la plaza. Nos hacía gestos simpáticos y se consideraba el "descubridor" de nuestro talento. El animador preguntó, antes de anunciarnos, con qué tema íbamos a partir. Nos miramos, como para ponernos de acuerdo, y casi simultáneamente dijimos "la 3.500", a lo que el animador, cogiéndola al vuelo, impostó la voz y dijo a través de los parlantes: "Y ahora, señoras y señores, por iniciativa de nuestro Gobernador, este maravilloso grupo musical nos va a deleitar con el famoso tema "3.500". El Gobernador no era huevón, su sonrisa de benefactor se congeló y casi nos sacó a patadas por haber hecho un chiste de aquello.

El grupo se empezó a desarmar de a poco. Yo estaba empeñado en terminar pronto mi carrera y casarme con Raquel, Horacio se fue a estudiar a Los Ángeles, Mario debía trabajar y Raúl había pasado del auto a los camiones, y se había convertido tempranamente en un empresario de transportes, dejando poco tiempo para la música. Hasta allí llegó esa aventura. Teníamos alrededor de veinte años.

El cantautor

Después de ese paso por el grupo de música MUSTANGO, me concentré en escuchar a mis músicos favoritos y volví a la guitarra acústica para interpretarlos. Había empezado a trabajar recién en el Liceo de Curanilahue y en cada fiesta que hacíamos yo tocaba y cantaba a los artistas de moda, casi siempre a los españoles: Nino Bravo, Víctor Manuel, Serrat, etc. Entre los chilenos ya había descubierto a Gatti , la canción nueva y algo de neo-folclore .

Ya venía escribiendo poesía desde hacía un par de años, y sin darme cuenta comencé a componer mis primeras canciones. Como era normal en esos tiempos, muchas canciones prohibidas circulaban en cassettes clandestinos. Así me llegó un día la música de Silvio Rodríguez. Ese cantautor me abrió un horizonte de posibilidades en la música: todo cabía en las canciones, todo se podía decir y todo se podía componer con los ritmos y melodías más insospechadas, no había fronteras ni reglas: había libertad para crear. Su música fue un aliciente para seguir componiendo, pero mi cantante favorito era Serrat. Yo lo había escuchado antes, casualmente, en su primera visita a Chile. El canal de TV lo difundió una

tarde de domingo en que yo iba caminando por el centro de Concepción hacia el internado. En un restaurante la TV estaba transmitiendo su recital, en blanco y negro. Por casualidad vi su imagen en la pantalla y entré el restaurant. Gasté la plata de toda la semana en un café y un sándwich de queso para lograr instalarme allí y escuchar sus canciones: eran casi todas del poeta Machado: vosotras, inevitables golosas. ; quién me presta una escalera para bajar a Jesús... Venía siguiendo a Serrat desde que apareció aquel tema suyo en las radios chilenas: "Tu nombre me sabe a hierba".

Un día vi un afiche en las paredes de Curanilahue: "Una canción para Jesús". El cura italiano, del que ya era amigo me preguntó ¿y tú no vas a participar en este festival? Me instó a hacerlo y fue la primera canción que canté en público. Gané un trofeo con aquella canción, un vaso para tomar mate, pintado por el cura, que era aficionado a las artes. Seguí escribiendo, y un par de años después el festival que organizaba el cura había subido de categoría, se hacía en el teatro del pueblo, no tenía como temática la figura de Jesús, estaba más orientado hacia la protesta social y traía artistas invitados de otras ciudades. Recuerdo que en uno de esos festivales había gente de Santiago y de Concepción, yo participé con la canción "Las Quimeras" , y gané el primer premio. El cura me entregó una manta, que usé durante muchos años y que todavía tengo. Los cantautores de Concepción se acercaron para invitarme a un encuentro en Talcahuano. Fui, canté y todas las canciones de ese encuentro fueron grabadas y difundidas después en Radio Almirante Latorre, que tenía un programa musical muy escuchado donde se difundía el Canto Nuevo. Alguien me dijo después que había escuchado mis canciones un par de veces en la radio. Y debió ser cierto, porque me llegó una invitación de los animadores de ese espacio musical para ir a una entrevista y cantar en vivo en la radio. Fui varias veces, y me acogieron muy bien. Mario Sanhueza, el conductor, y su co-animadora , Magaly, fueron un regalo no sólo para mí, sino para muchos artistas durante los ochenta. . Grabé en ese estudio artesanal de la radio y mis canciones siguieron siendo difundidas junto a las de otros cantautores regionales.



Me invitaron a participar en otros encuentros, y sin poder evitarlo inicié mi aventura de cantor, o de “cantautor”. Aquel período fue fructífero. Criábamos a nuestros hijos, estábamos a cargo de una veintena de niñas, niños y adolescentes en el Hogar Campesino de la Parroquia, yo trabajaba en el liceo, escribía poesía y canciones. Para no sentirme tan solo en el escenario, y para que la música fuera más hermosa, invité a dos jóvenes músicos que habían sido alumnos míos en el liceo a formar parte de esta aventura, así fue como Héctor apareció con una zampoña casi tan grande como él y el Pocho con una guitarra a la que lograba sacarle hermosos sonidos con una disciplina y pulcritud poco común. Tuvimos muchas presentaciones, casi todas gratis. Yo

esperaba el momento de cobrar por estas presentaciones, pero no era una época para estar pensando en el dinero; las causas sociales y políticas contaban gratuitamente con los artistas, de modo que, salvo los pasajes y el alojamiento, rara vez nos pagaron. Pero hubo excepciones, y cuando eso ocurrió, compartimos los ingresos. A medida que fue pasando el tiempo, estas presentaciones fueron retribuidas con una paga casi siempre menor, pero muy dignificante.



Después de unos años mis compañeros vieron que conmigo no tendrían futuro como músicos y tuvieron que dedicarse a otras actividades laborales mejor pagadas. Seguí un tiempo solo, después se me unió otro guitarrista y cantante con el cual hicimos varias presentaciones, pero en la parte final de mi corta carrera de cantautor estuve solo, de nuevo. El escenario me producía estrés. El estrés hacía que se me olvidara la letra, en ocasiones. Una vez fui a presentarme en Linares. La organización que me llevó me habló de un encuentro musical, tipo peña, por lo que habría otros artistas. Cuando me bajé del bus y me dirigí a la casa de Juan, en la que me hospedaría, vi por el camino unos afiches pegados a los postes de luz y en algunos muros. El afiche decía "Cantautor Pancho Ruiz y artistas invitados". Desde ese momento estuve nervioso, pensando que la responsabilidad del evento era exclusivamente mía. Para colmos fue una de esas veces en que se me pagó bien por la presentación, de manera que debía responder a las expectativas. En la noche, ante un público entusiasta, mayoritariamente joven, fueron pasando los artistas invitados, algunos de los cuales venían de Santiago y eran actores, comediantes, músicos, poetas, etc. Algunos de gran calidad que volvieron loco al público, especialmente con sus diatribas contra Pinochet. Después de ellos me presentaron a mí, el artista estelar. Inicé la presentación cerca de la medianoche, con la sensación de que sería un fracaso, que desafinaría, que la guitarra sonaría mal, que la gente

se aburriría.... Había sido tal el éxito inesperado de los artistas invitados que yo no me creía capaz de superarlos, y creía que el público me exigiría que los superara. Observé que algunas personas se levantaron y se retiraron de la sala antes de hacer los primeros acordes y lo interpreté como un rechazo. Inicié la presentación pensando que de las 8 canciones que tenía preparadas solamente cantaré cuatro; ya iba en el número tres, solamente me quedaba una. Inicié la despedida mientras introducía los acordes de la última canción, agradeciendo a quienes habían escuchado en silencio y con atención...entonces se alzó una voz de entre los tertulios; una voz de mujer a la que poco a poco empecé a ubicar, por la escasa luz proyectada sobre el público. Me dijo que estaba decepcionada de mi presentación; que ella y un grupo de amigas fueron a escucharme porque conocían mis canciones, algunas de las cuales se tocaban en la radio de esa ciudad, que quería escuchar al poeta-cantautor después de haber estado por dos horas viendo a otros artistas que no eran de su interés, que había pagado por escucharme y yo no había estado a la altura, apenas había cantado 3 canciones, que eso no se hacía, que eso era poco profesional, y que si no iba a tomar el canto en serio mejor no volviera a pisar un escenario. Algunos la aplaudieron y otros pifiaron. Pedí disculpas, dije, balbuceando, "pensé que estaban aburridos". Canté dos temas más y me fui. Me volví a Curanilahue con el firme deseo de no volver a subirme a un escenario. Di por terminada mi carrera, pero a los pocos meses la campaña para Presidente, después del triunfo del NO, me llevó por última vez a un par de escenarios, donde compartí con dos artistas más: uno de ellos era Julio Numhauser, creador de la canción CAMBIA TODO CAMBIA, quien me invitó a grabar mis canciones y me habló de hacer una gira a Suecia, donde él estaba radicado desde que se inició la dictadura. Pero la invitación llegaba tarde, ya no estaba para luchar por aquel sueño, la llegada de la democracia traería otros vientos que me empujarían de vuelta a la educación. Mi afición por componer no se detuvo, sin embargo, y siguió con altibajos hasta hoy. De aquellos años quedaron unas grabaciones artesanales salvadas por mi hermano Feña y su hijo, Fernando y convertidas a mp3, la mayoría de ellas sin difusión. A veces me han preguntado por qué no grabo en estudios profesionales, ahora que la tecnología está en todas partes. Me dicen que hay cientos de estudios, sonidistas, técnicos e ingenieros y que todo es más barato. Podría disponer del apoyo de otros músicos, incluyendo a mis hijos, y la difusión sería rápida y masiva gracias a la Internet. Quiero contarles que al terminar la década de los ochenta tuve dos oportunidades de grabar profesionalmente. La primera fue con el

sello Alerce, famoso en esa época por difundir la canción "contestataria". Tuve una entrevista con Ricardo García, director del sello, a quien unos amigos de Linares le habían hecho llegar mis canciones. En la entrevista me ofreció grabar para el sello siempre y cuando yo me quedara en Santiago a promocionar el disco y a tener presentaciones en vivo en lugares como el Café del Cerro y otros que eran el escenario dorado para cualquier cantautor de esos años. Pensé que no podría tener la vida de artista y, al mismo tiempo, cuidar de mi familia. A esas alturas, además, tenía claro que, en la lucha interna, el pequeño burgués que ya era le iba ganando claramente al trashumante gitano que hubiese querido ser. Le dije que no me animaba a ser un cantautor profesional y que me conformaría con grabar para que mis amigos y parientes escucharan mis canciones con un buen sonido. Entonces me dijo que no me grabaría sólo para alimentar mi hobby, me deseó un feliz retorno a Curanilahue y me recomendó grabar en equipos caseros. Y eso, que en el momento me pareció casi ofensivo, fue lo que hice algunos meses después, con la ayuda de amigos que oficiaron de técnicos y facilitaron unos equipitos mucho antes de la irrupción de los CD, de la tecnología MP3, MP4 y cuánta cosa existe y desconozco. Un par de años después, motivado por un amigo, llegué a Filmocentro, en Santiago, para que un productor musical, Carlos Necochea, grabara mis canciones en un estudio profesional y por una suma adecuada de dinero me entregara quinientas copias de cassettes que yo mismo tendría que difundir. Se iniciaba la época de la autogestión cultural. Todo estaba listo, pero ese mismo día apareció Isabel Parra en el estudio junto a otros artistas recientemente retornados para poner su voz en canciones y cuñas a favor del "NO", capturando el estudio, la atención del productor y de los técnicos. En medio de toda esa justificada fiebre por la campaña, mi cassette fue cambiando de anaqueles hasta desaparecer en algún papelerero. Nunca pude recuperar ese "máster" que contenía casi toda mi producción musical. Después no intenté grabar profesionalmente. Poco a poco dejé de hacer música, la guitarra quedó en una esquina de la casa y empecé a entusiasarme con la educación. Sin embargo, nunca he dejado de componer.

Sin afán de recomendar nada, dejo una lista de canciones que en su momento me impresionaron y que he vuelto a escuchar cientos de veces:



Esos ojitos negros, Dúo Dinámico; Suspicios Minds, Elvis Presley; Si te acuerdas de mí, Los Mitos ; Angélica, Los Charchaleros; C'est écrit ,Francis Cabrel ; Andrea, Fabrizio de André; Sully , Vasco Rossi; Rimmel, Francesco de Gregori ; A modo mío, Claudio Baglioni; Treni a vapore ,Ivano Fossati ; Y sin embargo ,Sabina ;

Tu nombre me sabe a yerba, Serrat ; El sitio de mi recreo, Antonio Vega ; Como la cigarra, María Elena Walsh ;El extranjero, Moustaki ; Sin tu latido, Luis Eduardo Aute; Yolanda, Pablo Milanés ; Wonderful Tonight , Eric Clapton ; Héroes, David Bowie ; Oh, melancolía , Silvio Rodríguez ; Danza de las libélulas, Manuel García; Ya no estás a mi lado, Fórmula V; Sing a song , Carpenter; Hotel Luna, Suzanne Ciari ; San Francisco , Scott- Mackenzie; Es mi vida, Adamo ; Con su blanca palidez, Procol Harum; The Boxer, Simmon y Garfunkel ; Entre dos aguas, Paco de Lucía ; Going Home Theme , de Mark Nopfler (Dire Strait); May back pages, Bob Dylan; Los días de Pearly Spencer, Marc Almond ; Hotel California, The eagles ; España camisa blanca, Ana Belén; Dust in the wind, Kansas; Et Maintenant , Gilbert Beaud; Es la lluvia que cae, Los Iracundos,; Oh, Darling, Los Beatles...y mil canciones más.

LA SIGUIENTE ES UNA ENTREVISTA PARA EL LIBRO **PUENTE**, HACE ALGUNOS AÑOS

Con un prólogo del cantautor Manuel García , se abre este libro que recoge reseñas biográficas de 25 cantautores y exponentes del canto popular en la región del Bío-Bío durante los años 80 , pleno "apagón cultural" y surgimiento de una resistencia a la dictadura de la que no fueron ajenos estos artistas . La obra recopilatoria es de Angel Rogel A., periodista, y de Fernando Vásquez A., gestor cultural y cantautor del Bío-Bío.

La entrevista me la hizo Fernando, después que logró contactarme en Santiago::

"Fue en el año 1982 -creo muy bien recordarlo-, cuando escuché por primera vez las Composiciones de Francisco Ruiz Burdiles en el programa radial vespertino Hermano Americano, de radio Almirante Latorre, Talcahuano. Me llamó poderosamente la atención el marcado acento poético de aquellas canciones de sutil melancolía que desde algún lugar, lejano y cercano al mismo tiempo, provenían. Poeta, profesor y anónimo gestor cultural de aquellos tiempos, "Pancho" Ruiz traía desde su profunda raíz y experiencia vivida en Curanilahue, una propuesta reflexiva y crítica frente a una realidad social que él vivenciaba a diario en aquellos históricos lugares de la zona minera. Dos de sus poemas-canciones calaron hondo en mi sensibilidad atenta de escucha radial, amén de otras como "Paisaje" y "De dónde vengo". La primera canción fue "Esta tarde", caminar cotidiano y trascendental sobre el devenir del amor, la soledad, la vida y su naturaleza inconmensurable. La segunda fue "De no ser por las quimeras", testamento poético personal y existencial de los difíciles momentos por los que atravesaba nuestro país. Francisco Ruiz Burdiles es parte esencial de esta larga lista de canta-autores que dejaron una clara y honda huella expresiva de sentido, canto, poesía y guitarra".

Fernando Vásquez

1.-¿DONDE NACISTE Y QUE RECUERDOS TIENES DE ESE LUGAR?.

Nací en Curanilahue. Mi madre provenía de una familia numerosa de campesinos de la cordillera de Nahuelbuta que había migrado a las minas de carbón buscando mejor fortuna; mi padre venía de más al Sur, de una familia pequeña de joyeros y relojeros. Tengo los mejores recuerdos de ese pueblo: la lluvia, los bosques, el barro, la primavera, la gente sencilla y casi siempre pobre; mis padres, mis hermanos... los puentes colgantes sobre el río, el amor, mis hijos, el liceo, mis alumnas y alumnos, la música, la poesía... Curanilahue fue la ventana desde donde miré hacia el mundo.

2.-¿ CUALES FUERON TUS PRIMERAS ESCUCHAS MUSICALES CUANDO NIÑO?.

Era una mezcla de estilos: la radio traía las canciones de la nueva ola chilena , también las de Leo Dan, Favio, Raphael, Sandro... Los wurlitzer de los bares hacían sonar las rancheras y boleros con sus letras dramáticas y a veces tan trágicas que los parroquianos más borrachos no podían contener las lágrimas. Por las tardes pasaban los evangélicos con sus cánticos, tocando sus guitarras, mandolinas y panderetas: ésa fue la música que me nutrió en la niñez de Curanilahue.

3.-EXISTEN INFLUENCIAS FAMILIARES QUE TE HAYAN MARCADO FUERTEMENTE HACIA LA MUSICA?

Mi familia materna era muy dada a escuchar música y a cantar, casi todas mis tías y tíos cantaban muy bien . Uno de ellos apareció una vez en nuestra casa con un amigo que lo acompañaba en guitarra mientras él cantaba una canción de los Charchaleros: “Angélica, cuando te nombro...”. Allí me enamoré de la guitarra. Tenía como 10 años.

4.-¿CUANDO APARECE LA GUITARRA EN TU VIDA?

Mi padre llegó a casa, de uno de sus viajes, con una guitarra NOVOTON adentro de una bolsa de nylon. Debe haber sido uno de los sucesos más memorables, porque mi hermano mayor y yo nos peleábamos la guitarra, a pesar de que no sabíamos tocarla. Entre los doce y los catorce años aprendí a tocarla, justo cuando LOS IRACUNDOS ya inundaban las radios con sus canciones, los Beatles se habían internacionalizado y Serrat aparecía por primera vez en la televisión chilena.

Un par de años después, con mi hermano y unos amigos formamos una banda musical que duró varios años y que amenizaba los bailes en Curanilahue. Allí toqué el bajo y de vez en cuando cantaba. La música que hacíamos era preferentemente instrumental.

5.-¿ ES LA POESIA Y LA LECTURA LO QUE MOTIVA TU CREACION MUSICAL POSTERIOR?

Cuando empecé a componer, ya venía escribiendo poesía. Tal vez por eso me interesé en los cantautores como Serrat y otros españoles, hasta llegar a Sabina, pasando por la trova cubana. La poesía ha sido siempre una buena compañera, desde la época del liceo, cuando leí a Neruda, Machado y a otros hasta llegar a Teillier... Varias canciones, especialmente de la última época, han sido textos poéticos primero.

6.-CORONEL, LOTA Y CURANILAHUE SON TRES CIUDADES ,MARCADAS POR EL QUEHACER MINERO Y SU POTENTE HISTORIA DE RAIZ POPULAR..SON TUS LUGARES DONDE TE DESARROLLASTE FUERTEMENTE Y MARCARON TU DESARROLLO Y VIDA FAMILIAR. ¿QUE IMPRONTA DEJARON EN TI HASTA HOY?

Dejaron un olor a humo saliendo de las chimeneas y de las locomotoras a vapor, me dejaron la marca dolorosa de la lluvia, cayendo interminable sobre las techumbres, las acequias y las mantas de castilla, me dejaron esa nostalgia, esa especie de pesadumbre, ese olor de la resina de los bosques de pino y también me marcó la pobreza de tanta gente en contraposición a la riqueza desmesurada de quienes explotaron y siguen explotando la zona minera. Me dejó una cosmovisión y una actitud ante la vida; un compromiso social que no he podido cumplir como quisiera.

7.-TENGO ENTENDIDO QUE TU REAL INTERES SE FUE HACIA LO EDUCATIVO. CUENTANOS DONDE LOGRASTE ESTUDIAR Y CUALES ERAN TUS MOTIVACIONES JUVENILES.

Parte de mi educación la realicé en una escuela de Curanilahue y en el viejo liceo, de quejumbrosas maderas, con muchos vidrios rotos que no se reponían y con un mobiliario tan malo que había que llevar una silla desde la casa para estar más cómodo. No teníamos profesores pedagogos: el cura del pueblo hacía como 3 asignaturas, el boticario cerraba su local cuando nos iba a hacer clases de química, el notario del pueblo nos hacía inglés y la esposa de un médico nos hacía biología. Aun así, nos interesaba la educación, aunque era una época en que no todos los que salían de la escuela iban al liceo. Yo era un alumno flojo, un poco menor que el promedio de mis compañeros e influenciado para cometer actos como la cimarra, fumar a temprana edad y beber cervezas ; por eso mis padres me llevaron a Concepción, al internado del Liceo de hombres N° 1, donde pasé 4 años sin que mis notas mejoraran mucho, aunque allí se profundizó mi interés por leer novelas y poesía , además de la guitarra.. Por eso estudié pedagogía en Español, porque me permitía seguir de cerca la literatura y, al mismo tiempo, dedicarme a la profesión docente. La pasé muy bien como profesor, pero me di cuenta que necesitaba tener más poder (del bueno) si quería ayudar a

mis alumnos; por eso quise ser director . Y tenía razón: como director pude hacer mucho más por ellos. Continué mi carrera de director en Santiago y después me fui preparando para ser Consultor en educación, oficio que realizo desde hace 10 años ligado a organismos como la Fundación Chile, el Consejo Nacional de las artes y la cultura, Chile Dual, etc.

8.-¿CUANDO Y DONDE SURGE TU CANTO Y GUITARRA COMO EXPRESIONES CONCRETAS Y QUEHACER CREATIVO? AÑO Y LUGARES.

En 1978 la Iglesia Católica era ya un bastión importante contra la dictadura. En Curanilahue también. Los curas italianos convocaron a un festival de canciones con la figura de Jesús como centro, y yo compuse mi primera canción. Después de eso vinieron tres o cuatro canciones más hasta que canté una llamada "De no ser por las quimeras" en un encuentro convocado también por la parroquia y donde estuvieron participando algunos cantautores de Concepción y Talcahuano, entre ellos Carlos Justiniano, que me invitó a participar después en un encuentro en la parroquia Santa Cecilia, de Talcahuano. Allí quedaron grabadas las canciones de quienes nos presentamos y posteriormente aparecieron difundidas en Radio Almirante Latorre. Los conductores del programa "Hermano Americano" se interesaron por mi trabajo musical y me invitaron a un programa. Fui varias veces durante esos años. Un joven Alejandro Sanhueza nos daba espacios para mostrar desde esa radio nuestro canto. Desde entonces fui invitado a otras comunas y regiones. Dos veces estuve a punto de grabar profesionalmente. La primera vez unos amigos de la VII región llevaron una cassette con mis canciones al famoso Ricardo García , dueño del sello Alerce. El me entrevistó y se interesó por grabar, pero me dijo que yo debía tener disposición para estar en Santiago y promover los temas grabados en diversos escenarios, cosa que yo no podía hacer por mis responsabilidades familiares y laborales, en otras palabras, no me atreví a dar el salto . Regresé a Curanilahue y grabé con los equipitos de algunos amigos una selección de mis canciones , hicimos unas cien copias y las vendimos. Todavía andan dando vueltas algunas de esas canciones. Dos años después otro amigo me llevó a los estudios Filmocentro, donde el jefe de producción grabaría mis temas y los difundiría. Todo iba muy bien, hasta que empezaron a llegar al estudio los Parra, provenientes del exilio, los Inti y otros más que pondrían sus voces en los cantos a favor de la campaña del "NO". Naturalmente que tuve que hacerme a un lado y la maqueta con mis temas seguramente terminó en algún olvidado rincón

o derechamente en el tacho de la basura. Allí colgué la guitarra, literalmente, y me dediqué a la educación.

9.-HABLANOS QUE HACIAS EN LOS ALGIDOS AÑOS 80 EN CURANILAHUE DESDE DONDE TE CONOZCO COMO PROFESOR Y CANTA-AUTOR A NIVEL REGIONAL.

En los 80 fui profesor de castellano, centré mi tarea en la difusión de la poesía, fundamentalmente, y el teatro contestatario. La poesía la unía a la música, por lo que mis estudiantes conocieron a muchos poetas jóvenes de esa época y a muchos cantautores . Gracias a la literatura pude contribuir a formar jóvenes más críticos y creativos. También colaboraba en la parroquia, donde estábamos a cargo con Raquel –mi esposa- de un hogar de niños campesinos. Vivíamos con ellos y nuestros hijos, juntos, en una casona al interior de la parroquia. Era un trabajo voluntario que hacíamos con la convicción de estar colaborando con los más débiles. También participaba activamente en la edición de unos boletines culturales que editaba el cura, componía canciones y escribía poesías. En 1985 publiqué mi primer poemario “De cuándo mirábamos”. También salía a cantar a otros lugares, pero muy poco, ya que trabajaba de lunes a viernes en el liceo y las autoridades de esa época no me facilitaban permisos para ir a cantar en contra de lo que ellos defendían.

Por aquellos años dejé el liceo y me fui a coordinar un centro de capacitación que tenían los curas en la parroquia y que estaba enfocado a los pobladores y a los jóvenes desempleados. Estaba en ese centro (CADEP) cuando llegó el término de la dictadura. Un par de años después se me dio la oportunidad de ser el director del Liceo y no lo dudé, sabía que si era Director vendrían mejores tiempos para los jóvenes .

10.-TUVISTE UNA IMPORTANTE PERO ANONIMA RELACION Y TRABAJO CON LA CREACION DE LA PRIMERA ORQUESTA INFANTIL DE CURANILAHUE. POC Y NADA SE SABE DE ESA GENESIS ARTISTICA PIONERA EN CHILE. RELATANOS TU EXPERIENCIA DESDE ADENTRO COMO GESTOR Y QUE SIGNIFICO PARA TI.

Tuve la suerte de participar activamente en la creación de la orquesta junto a Américo Giusti y a otras personas que después se sumaron al proyecto. Es una historia extraordinaria y larga que se puede leer en mi blog (www.franciscoruiz.cl)

11.-DESTACABLE EN TU QUEHACER FUE TU CLARA MODESTIA Y SENCILLEZ QUE AUN RECUERDO. ¿COMO RECUERDAS HOY TU AQUEL MOVIMIENTO DE CANTAAUTORES SURGIDO EN AQUELLOS AÑOS EN LA REGION?

Fue una época muy distinta, donde podíamos reconocernos casi sin hablar. Es verdad que entre los artistas siempre hay una pelea de egos, pero en aquella época esa pelea se daba en menor grado porque todos estábamos conscientes de ser parte de una cruzada antidictadura. A mí me parece que había un grupo excelente de cantores, con estilos diferentes, letras diferentes, sensibilidades diferentes...como debe ser. Yo los escuchaba a todos y los apreciaba . Pude compartir personalmente con algunos de ellos . Lamentablemente en esos años no contamos con los medios que hoy existen, así que la difusión era muy restringida.

12.-MIRADO CON EL PASO DE LOS AÑOS CUAL SERIA TU REFLEXION SOBRE LA IMPORTANCIA DEL ACTO CULTURAL, LA PEÑA SOLIDARIA Y EL CANTAR PROFUNDAMENTE COMPROMETIDO QUE SE DIO EN GENERAL CONTRA LA DICTADURA?

Fueron espacios de la mayor importancia para comunicarse, desahogarse, vincularse y oponerse. Para los artistas fue el medio que permitió dar a conocer su trabajo ; un trabajo con matices, porque había estilos más confrontacionales, otros más sutiles; pero todos, en general, participaban de una misma cosmovisión.

13.-¿EN QUE ESTA HOY FRANCISCO RUIZ BURDILES? TRABAJO, ¿MUSICA COMO TRANSCURRE TU VIDA EN LA URBE CAPITALINA?

Trabajo como consultor en educación. Parte de mi trabajo lo hago para el área de innovación en educación, de Fundación Chile., asesorando a equipos directivos de escuelas y liceos de diferentes regiones del país; otra parte la realizo en CHILE DUAL, vinculando empresas y liceos técnicos profesionales para que lleven adelante proyectos de formación DUAL de buena calidad. Hace un par de años fundamos, con otros educadores, un organismo técnico se llama LAR consultores, también dedicado a la asesoría.

14.-¿SEGUISTE COMPONIENDO Y CANTANDO CON EL ADVENIMIENTO DE LA DEMOCRACIA EN LOS 90?

Sí, al menos por unos años. Pero después se fue quedando todo en el pasado por falta de contacto con otros cantautores, Finalmente los años fueron pasando y un día vi que mis hijos se dedicaban a componer y a formar sus bandas musicales . Esa fue la bajada de la cortina.

5.- LA ADOLESCENCIA (o el doloroso crecimiento)

Una gran parte de mi adolescencia transcurrió en el internado del liceo n° 1, en Concepción, donde cursé la enseñanza media. El pabellón de dormitorios daba a la calle Aníbal pinto, casi al llegar a Victor Lamas, donde se encuentra el parque del cerro caracol. Mis padres me avisaron un día que tendría que ir a dar una prueba de admisión para ingresar a ese liceo. Nunca estuvo en mis planes salir de Curanilahue, pero llevaba una vida escolar muy disipada, no era un buen estudiante y mis padres supusieron que un internado me daría disciplina escolar, me haría madurar...qué sé yo...tal vez no era esa su preocupación, sino que se esforzaron para darme una oportunidad, lo que en realidad era un privilegio, ya que cualquier estudiante de Curanilahue no tenía acceso a un lugar así para continuar sus estudios. Como haya sido, ingresé a ese internado a los 13 años un mes de marzo del año 1968 en el que los profesores estaban en huelga desde el año anterior, por lo que solamente tuvimos algunas clases dictada por los profesores a los que los estudiantes mayores les gritaban desde las esquinas de los pasillos "krumiros", y corrían a esconderse. . Esos meses sirvieron para irme adaptando. Me iba desde Curanilahue en el bus de las 16 hrs. los domingos y regresaba al atardecer de los días viernes, de modo que me quedaba el sábado y la mañana del domingo para retomar la vida familiar y colaborar en la confitería que administraba nuestra madre y en la joyería y relojería de nuestro padre, haciendo turnos para que ellos pudieran realizar

actividades como almorzar, tomar onces, ir al baño o salir a realizar trámites. Aun así, siempre tuve tiempo para mantener las amistades.

Mi debut en el internado fue un golpe de puño que me propinó un estudiante flaco y huesudo de apellido Zepeda. Estábamos en una ronda de presentaciones en uno de esos patios que quedaban fuera del recorrido de los inspectores y donde se podía fumar tranquilamente. “Y tú, cómo te llamas”, preguntó el que estaba haciendo de líder. “Mi apellido es Zepeda”, dijo el flaco huesudo, entonces le pregunté al que estaba al lado mío, que era un amigo de Curanilahue, “¿y se pedará mucho éste?”. Pero Zepeda tenía buen oído y malas pulgas, de modo que antes de que me diera cuenta estaba en el suelo por el puñetazo que me propinó en la nariz y que me dejó mareado, sin atinar a devolverle el golpe, pero con la convicción de que uno de esos días cobraría venganza, cosa que ocurrió dos años después. Era tanto el tiempo libre que teníamos en esos días que íbamos por todos los recovecos del liceo para marcar terreno. Mi grupo era el de los novatos o mechones, y los más grandes se ensañaron durante varias semanas haciéndonos los rituales clásicos, como ponerse máscaras para asaltarnos en los baños y quitarnos el dinero, obligarnos a fumar y a beber alcohol, obligarnos a cederles el pan y el postre de los almuerzos, asaltar nuestros estantes y denigrarnos con la prueba estrella denominada “peladilla”, que consistía en rodear a un novato, sujetarlo entre varios, bajarle los pantalones y los calzoncillos y escupirle el pene o cubrirlo con cremas de afeitar o cualquier mugre que se tuviera a mano y luego pasearlo por los dormitorios en medio de las burlas y risotadas de los demás que ya habían sido humillados oportunamente y cuya risa no era sino el espanto de pensar que mañana serían ellos lo que andarían paseando semidesnudos por esos pasillos. La primera semana me robaron el pijama que mi madre me había comprado, junto a las demás prendas de ropas con las que iniciaría mi vida de interno y el juego de cama. Llegué a mi casa, después de mi primera semana. Mi madre me preguntó que por qué no estaba el pijama entre mi ropa a lavar, pero no me atreví a decirle que había sido víctima de un robo. Mi hermano mayor estaba en la casa, todavía no se había ido al internado de la escuela Normal, donde estaba desde los 11 años estudiando para profesor, porque allí sí que la huelga estaba en todo su apogeo y el internado estaba cerrado. A él le conté todo lo que me había pasado esa semana y él me dio los consejos básicos para sobrevivir en esa selva. De partida me felicitó por no decirle nada a nuestra madre. “No hay que preocuparla por esas cosas”, me dijo, y me recetó lo siguiente: “quédate en el baño,

escondido, hasta que todos salgan del dormitorio. Entonces vas revisando debajo de las almohadas hasta que encuentres un pijama que debe estar nuevo y debe tener un color parecido al tuyo, lo tomas y lo escondes, me lo traes y yo te lo cambio por el que me compraron a mí, y después le decimos a nuestra madre que los intercambiamos porque a mí me gustaba más el tuyo". Y así fue, pero aquel primer robo premeditado me provocó un estrés terrible: el horror de ser descubierto, la culpa que sentía y la pena que me daba el pobre Gazitúa, un muchacho gentil que era el dueño de aquella cama en que estaba el pijama recetado por mi hermano.

En el internado pasé largas horas de tedio, soledad y melancolía. El primer invierno que pasé allí me iba a un edificio en ruinas, donde el viento y la lluvia golpeaban los restos de la techumbre de cinc con un sonido que me trasladaba a mi casa, en Curanilahue, donde a esa misma hora seguramente el aguacero ya había invadido el patio por donde mis hermanos menores debería cruzar para ir a buscar leña y mantener el fuego encendido en la cocina. Tenía 13 años y a veces lloraba desconsoladamente y pedía un milagro que me sacara de allí. Con el tiempo ese lugar sería mi refugio favorito, al que nadie más iba. No hubo invierno en que no lo visitara después de la cena, antes de irnos a los dormitorios, aunque después ya no lloraba, sino que me dedicaba a soñar mientras echaba por la nariz el humo de mis adorados luckys sin filtro y levantaba las solapas de mi chaquetón marino para capear el frío.

En el internado cultivé amistad con muchachos a los que nunca más vi, aunque la mayoría de mis amigos siempre fueron los otros internos que provenían de Curanilahue. Uno de ellos era Pato Tapia, con el que venía junto desde el kínder y que fue mi compinche hasta que crecimos y las ideas políticas nos fueron separando tontamente. Alejandro "chucho" Vega, Horacio "ronco" Rodríguez. El internado tenía ciertos personajes clásicos, uno de ellos era el "indio" Antipe, un muchacho mapuche que provenía de la Araucanía y que tenía una beca para estar en el internado, pero carecía de recursos para viajar todos los fines de semana. Viajaba para los feriados largos y las vacaciones, todos los otros fines de semana los pasaba solo en el internado, sin acceso a comida, por lo que algunos empezábamos a cederle parte de nuestras raciones desde el jueves, así él sobrevivía los fines de semana. Cuando volvíamos, los domingos, algunos le aportábamos algo parecido a una colación. Antipe era como una sombra, a veces no lo veíamos, pero siempre estaba allí. Hubo otro estudiante que me

impresionó, le decíamos el "Ñipas". Era un muchacho campesino, de bajo perfil al que solamente conocíamos los del dormitorio 3. Terminamos el tercer medio y nos fuimos de vacaciones. Cuando regresamos, en marzo, a cursar el último año, "Ñipas" era otra persona. Había estado en un campamento de verano con el MIR y era irreconocible. Lo primero que hizo fue hacerse cargo de nuestro malestar por la calidad de las comidas. Se entrevistó con el ecónomo y con otras autoridades; a la semana siguiente nos aplicaron una encuesta y en abril partimos con un menú mucho mejor. Después de eso nos acercamos a él para darle las gracias y averiguar cómo lo había hecho, pero "Ñipas" no quería tanto reconocimiento, sino que buscaba resolver otros problemas que teníamos desde siempre, como la falta de permisos para salir del internado. No sé cómo lo hizo, pero después podíamos salir con los profesores o con los inspectores a ver una exposición, una obra de teatro o una película, todo esto siempre que fuera algo "cultural", lo que no era difícil, porque ese año, 1971, había empezado el gobierno de la UP y los festivales de teatro, cine ruso y otras manifestaciones del arte y la cultura empezaron a ser masivos y nosotros pudimos ser parte de aquello gracias a nuestro



compañero. Poco tiempo después "Ñipas" fue elegido presidente del Centro de Alumnos y algunos de nosotros éramos los delegados de curso. Disponíamos de una oficina a la cual solamente podían entrar alumnos y no profesores ni inspectores: autonomía estudiantil le llamaban a eso, y entonces esa oficina era la sede social donde fumábamos y bebíamos alcohol sin temor a que nos castigaran. También hicimos una toma ese año, y transformamos el internado en una especie de garito, hasta que nos aburrimos y decidimos volver a clases. . Ese año llegaron unos muchachos peruanos promoviendo la marihuana. Vendían en grandes cantidades y algunos estudiantes compraron con el fin de revender. Uno de mis compañeros y amigos compró unos cuarenta pitos y después nos convenció para que los vendiéramos al triple del valor en que los compró. Tres partes serían para él y una para nosotros, sus vendedores. Llegué a Curanilahue y le conté a mi hermano mayor, quien ya no iba al internado porque lo había echado y terminaba la enseñanza media en el liceo de Curanilahue, aunque casi nunca iba a clases y vivía metido en un local donde se jugaba y apostaba al pool, ganándose la fama de gran maestro. Le confesé que no tenía coraje para vender la marihuana, pero que no podía

decirle que no a mi amigo distribuidor. Entonces me dijo "pásamela a mí, yo la venderé entre los jugadores de pool a un precio mayor y ambos tendremos ganancia" Pero no fue así, tiempo después me confesó que los repartió entre los amigos jugadores en un acto de magnificencia. Tuve que usar mis ahorros para pagarle a mi amigo que tampoco emprendió con el negocio, sino que se convirtió en un consumidor y adicto. Alguna vez intentó hacerme fumar, pero no logré darle más de dos pitadas; la marihuana estaba entrando recién y se le asociaba a peligrosas alucinaciones que incitaban al suicidio. Algunos compañeros contaban que conocían a un muchacho que era ayudante de carnicero y que bajo los efectos de la marihuana había visto que sus manos se convertían en serpientes, por lo que había cortado una de ellas con la sierra de cortar huesos. Nunca quise acceder a la marihuana, pero no condeno a quienes lo hacen, con el tiempo se han aclarado los temores y más parece que se trata de una hierba beneficiosa, aunque guardo el recuerdo del aspecto físico de algunos amigos que se convirtieron en adictos y no logro ver en qué les benefició a ellos.

"Ñipas" nos invitó a reunirnos con dirigentes del MIR y nos llevó a unas poblaciones en la periferia de Concepción a conversar con pobladores. Salíamos bajo el concepto de "actividades culturales", con la anuencia del Vice-rector, que era simpatizante de la Unidad Popular. Todo eso era parte del movimiento de acceso al poder de los partidos de izquierda. A mí me parecía muy justo el sueño de una sociedad diferente, más igualitaria, pero no me daban ganas de participar activamente, especialmente porque mi padre había sido partidario del candidato de derecha, Jorge Alessandri. Tuvimos muchas discusiones por eso los fines de semana, y alguna vez me amenazó con echarme de la casa si me metía en esos movimientos. Mi verdadera militancia estaba en la música y en la poesía. Después del internado no supe más de "Ñipas". Un año después vino el golpe de los militares y mataron a varios dirigentes universitarios en Concepción. Mis amigos dijeron que uno de ellos fue "Ñipas"

En el internado decidí que quería ser profesor. A pesar de que la mayoría de mis profesores no tenían vocación, unos pocos hacían la diferencia. Siempre los vi formalmente vestidos, preocupados de su aseo personal, muy dueños de la disciplina que enseñaban, poseedores de un amplio vocabulario ...me quedaba escuchándolos y podía imaginar a los dioses griegos, las pirámides, o los paisajes selváticos...una profesora de castellano nos hizo escuchar un

disco con cartas a Rocamadour, del libro Rayuela, también nos leía poemas de Neruda en horarios en que habían terminado las clases. Un grupo reducido íbamos a esas tertulias en una de las salas del externado donde ella nos permitía fumar. Creo que ella pudo fortalecer mi interés por la literatura, iniciado en mi niñez. En la biblioteca del liceo descubrí una veta que me dio popularidad entre mis compañeros. El encargado de la biblioteca era un profesor jubilado que no tenía mayor interés en que los estudiantes leyeran, sino en que estuvieran en silencio y no le robaran libros. No nos permitían hojearlos. Había que llegar al mesón y solicitar el libro por su nombre y autor, entonces él se iba por los anaqueles que estaban dentro de su territorio prohibido para volver después de un rato y decir "No me queda ningún ejemplar disponible" Hacíamos bromas sobre este personaje, hasta yo, que era muy tímido, me atreví a realizar lo que los más grandes hacían: se le daba el nombre de algún compañero de curso y se le inventaba un título. El se iba a sus anaqueles para volver siempre con la misma respuesta: no me quedan ejemplares disponibles. Le pedí a la profesora una lista de los novelistas chilenos y me fui pidiéndole libros de esos escritores por orden alfabético. Leí algunos y dejé de lado muchos de ellos, practicando una especie de tolerancia a la lectura que después difundí entre mis alumnos: "si lo que estás leyendo no logra atraparte, y termina siendo una tortura, déjalo de lado; la literatura no es para sufrir, sino para divertirse, emocionarse, sorprenderse, encariñarse..." Había libros tan entretenidos que yo sentía pena y algo de frustración cuando me daba cuenta de que solamente quedaban un par de páginas por leer. Cuánto habría dado porque se extendieran mucho más. Un día le tocó la letra R a mi lista y el bibliotecario puso en mis manos una novela de Salvador Reyes, que en sus páginas describía la relación de un marino que volvía al puerto de Valparaíso y se iba a la cama con su amante. Fue trascendental, porque era tan erótica que me inspiró más de alguna masturbación, a la que por nuestra adolescencia éramos muy proclives en el internado. Mis compañeros se inspiraban en revistas pornográficas de la época, como El Pingüino, Alta Tensión y otras; también en fotografías manoseadas en blanco y negro donde las parejas salían enmascaradas y en distintas posiciones. Cuando les leí el párrafo clave de la novela, una tarde en la que fumábamos a escondidas cerca de un teatro en ruinas que había al fondo del patio, me pidieron repetir la lectura unas tres veces. Se inició una seguidilla de peticiones para nuestro bibliotecario, quien entró en sospechas porque todo del internado estaba leyendo a ese autor y ningún profesor de castellano reconocía haberlo incluido entre las lecturas

obligatorias: "no me quedan ejemplares disponibles", decía varias veces en el día, y esta vez era cierto. Seguí leyendo a otros autores y cada cierto tiempo encontraba alguno de esos párrafos memorables. Los copiaba y los hacía circular entre mis compañeros internos, con quienes me fui ganando un insospechado respeto. También me fui ganando la confianza del viejo bibliotecario, que pensó que estaba ante un estudiante fuera de lo común, culto, inteligente y mateo, al que le permitió ingresar al sacrosanto lugar de las estanterías para que buscara con plena libertad lo que quisiera leer. No sabía el pobre viejo que su estudiante era considerado un porro por los profesores, ya que difícilmente obtenía notas superiores a un cinco en un curso de puros talentos que obtenían de 6 hacia arriba. Mi profesor jefe iniciaba el Consejo de Curso diciendo "Que se pare el más porro del curso", y yo tenía que pararme y recibir las pullas de los cuarenta y tantos estudiantes de delantales blancos porque, según sus cálculos, yo le bajaba el promedio general al curso. En esas estanterías me encontré un día con los poetas; Machado fue el primero que llamó mi atención, («Una tarde parda y fría de invierno los colegiales estudian; monotonía de la lluvia tras los cristales») , luego vino Neruda. Qué libro aquel de los veinte poemas; de carne y hueso, capaz de pasar de un verso erótico («Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos...») a otro melancólico («por qué se me vendrá el amor de golpe cuando me siento triste y te siento lejana ») . No resistí aquello, y empecé a escribir mis propias poesías. Estaba a punto de terminar el internado y había decidido ser profesor, ojalá de Castellano, para seguir ligado a la literatura.

Una profesora de francés no tenía carácter para dominar al curso. En sus clases volaban los lápices, los cuadernos, la almohadilla del pizarrón y los gritos. Ella trataba de hacerse oír sin gritar. Una vez la quedé mirando y la encontré parecida a mi mamá. Desde ese momento fui una especie de guardaespaldas suyo. A pesar de mi timidez, saqué fuerzas de flaqueza y me dirigí al grupo para pedirle que se comportara. Para mi sorpresa me hicieron caso. Poco a poco la fueron aceptando, aunque a nadie le gustaba el francés. Yo me vi obligado a prestarle atención por aquello del parecido con mi madre y sin darme cuenta terminé siendo el mejor alumno de la clase. No podía creerlo ni tampoco mis compañeros, acostumbrados a verme siempre de la nota 5 hacia abajo, salvo en lenguaje e historia. Mis compañeros me copiaban en las pruebas de francés y yo no podía creerlo. Con la complicidad de la profesora aprobamos todos. En mi caso, yo guardé un cariño especial por ese idioma y después, en la

universidad, lo tomé como idioma auxiliar, pudiendo llegar a comprender buena parte de los poemas que leía en ese idioma.

Salí del internado en diciembre del año 1971. La graduación se hizo en el teatro Concepción y eran cientos los estudiantes que nos licenciábamos, ya que el liceo 1 tenía en esa época



una matrícula cercana a los tres mil alumnos, de los cuales 400 éramos del internado. Mis padres estuvieron presentes y mi madre me contó, después, que cada vez que se anunciaba un premio y el nombre de pila del agraciado era FRANCISCO, mi padre se ponía de pie como para ir a buscar el premio. Deben haber nombrado unas tres veces a un Francisco que no era yo, a juzgar por la cara de desconsuelo y cierto tinte de desilusión que tenía mi padre cuando fuimos a almorzar y a celebrar ese momento en un

restaurant de Concepción.

6.- AMORES QUE MATAN

"Porque amores que matan nunca mueren " (Sabina)

Los amores de la escuela fueron tres. La trigueña pecosa, la rubia de chasquilla y una morena que era vecina de una de mis tías , la más joven y alegre , que se había casado con un hombre muy trabajador y simpático que la golpeaba cada vez que llegaba a casa bajo los efectos del alcohol. Todos sus sueños se habían venido cuesta abajo por esa situación; fumaba y cantaba las canciones de moda, al comienzo, especialmente las románticas, pero después, a medida que los golpes eran más frecuentes, se quedó pegada en las canciones de despecho y dolor que me hacía escuchar cuando la iba a ver con algún encargo de mi madre. Llegaba a su casa, que estaba literalmente en la punta del cerro y me sentaba a descansar mientras ella planchaba la ropa de sus pequeños hijos y el humo del tabaco le salía por nariz y boca. Coreaba la canción que salía de la radio donde la heroína era engañada o no la amaban por ser humilde. Sabía de mis sufrimientos de amor y solidarizaba con ellos, hasta que un día me presentó a su vecinita, una niña que estaba en mi escuela, pero de la que yo no era amigo Me dijo "esta niñita es una hermosura, pero seguramente tú no la miras porque ella es pobre y es morena. Hasta ahora solamente has mirado a las de pelo claro, hijas de ricos ...¿y cómo te ha ido con ellas? Esta niña nunca te va a traicionar". La niña dijo: "vecina, pero si yo lo conozco, le dicen Pancho". Desde entonces cada visita a la casa de mi tía era una especie de cita consentida, donde ella oficiaba de alcahueta , intentando armar en otros lo que en ella se estaba desarmando. Traté de enamorarme de Rita, para que mi tía estuviera contenta, pero descubrí que el corazón tiene una especie de cerebro propio.

Mi paso por el liceo de Curanilahue, donde estudié séptimo y octavo año , me dejó dos flechas más de Cupido en el corazón. La más dolorosa fue la de Miriam: morena, pequeña, delgada, muy agraciada. Dejé las iniciales de su nombre tallado en muchos pupitres durante dos años seguidos. Tuve una oportunidad con ella, en el cine, para abrazarla o tomarle la mano, pero mi falta de coraje lo impidió. El golpe final me lo dio cuando la vi abrazada a una chaqueta que se le había quedado en la sala de clases al profesor de historia, de quien estaba

enamorada. Pero en el pequeño patio de ese caserón viejo de maderas, que era el liceo , descubrí a una hermosa niña rubia, que era de cursos superiores. Pregunté por ella. Su apellido era Fernández y ya tenía un pololo, un muchacho mayor que yo al que sólo conocía de vista. Uno de mis compañeros y amigo era vecino de ella. Le conté que me gustaba y él se lo dijo. Desde entonces nuestras miradas se cruzaban y se detenían una en la otra durante una milésima de segundos. Esa sensación era extraordinaria. “Lo sabe, sabe que me gusta,”, pensaba. No recuerdo si alguna vez conversamos, supongo que sí, porque de qué otro modo yo iba a envalentonarme tanto que hasta llegué a pasearme frente a su casa, en uno de los cerros más empinados de Curanilahue, una calle larga, sin pavimento, donde las casitas de madera echaban humo desde sus cocinas a leña o carbón y donde había un par de prostíbulos. Uno de esos días en que yo pasaba frente a su casa, en una hora convenida con la complicidad de mi compañero y vecino suyo para que ella me viera desde su ventana, me detuvo un hombre grandote, de pelo largo, que estaba sentado en la cuneta , fumando. Se paró, me tomó del brazo y me dijo, con una voz de mujer :”Ay, pero si es el niñito de la pastelería. ¿qué anda haciendo por aquí, mi niño, y tan bonito que está”. Así finalizaron mis paseos frente a la casa de la pequeña rubia. Aterrorizado por la presencia del “maricón Juan”, como era conocido en el pueblo, nunca más me volví a aventurar por esa calle. Mientras tanto en el liceo ya se rumoreaba de aquel nuevo amorío. Alguien había captado las miradas y mi compañero había desclasificado mis sentimientos hacia su vecina.. Era tan pequeño el liceo que pronto la noticia llegó hasta el pololo de la rubia. Desde ese momento varias personas me dijeron “Cuidate, Ruiz, el chico Mella te anda buscando, y dice que te va a sacar la cresta cuando te encuentre porque le quieres levantar el ganso”. Al comienzo sentí miedo, y miraba hacia todos lados para ver si me podría atacar en alguna esquina. Un día fui a dejar cartas de mi padre al correo, que estaba frente a la plaza, y una persona, mayor, que no era del liceo, me dijo “oye cabro, ¿tú le estás comiendo la color al chico Mella? Ándate al tiro para tu casa, mejor, porque pasó por aquí hace unos momentos y te anda buscando” . Pero el chico estaba en desventaja, al parecer no me conocía físicamente y dependía de la descripción que le habían hecho de mí . Posiblemente le habrían dicho “es un flacucho, alto y de lentes, con cara de pavo o de distraído” , pero habían muchos candidatos así, de todos modos tomé la bicicleta y volé a mi casa, donde me encerré con las cartas de mi padre todavía en el bolsillo. Esta agonía se alargó por un par de meses, hasta que un día en que yo estaba en el patio de

nuestra casa, que era una especie de colina que se levantaba en el fondo de la construcción, sobrepasando con su cumbre el tejado del caserón de dos pisos en que vivíamos, de modo que podíamos ver desde allí el cruce de las calles desde y la gente, mientras realizaba la tarea de cortar leña con uno de mis hermanos y trozarla a para guardarla en la leñera, miré hacia abajo y vi al chico Mella, bajando por la calle. Algo me pasó, no sé si estaba molesto por el trabajo que me habían asignado esa tarde o me envalentoné porque estaba en mi casa, lo cierto es que tiré el hacha y bajé corriendo el cerro hasta el portón que daba a la calle, salí rápido y alcancé al chico justo en la esquina de la cruzada. Ya he dicho que allí tenían sus locales varios comerciantes y que era un lugar muy concurrido con gente que me conocía. Lo enfrenté y le dije: "Así que tú eres el chico Mella? Bueno, supe que tú andas buscando a Pancho Ruiz para pegarle. Aquí lo tienes, arreglemos esto ahora mismo como hombreritos". Sorprendido, el chico Mella no atinó a nada, salvo a decir que no estaba celoso, que no me buscaba para pegarme sino para conocerme y no sé qué más. Yo estaba enfurecido y seguía desafiándolo a pelear, empujado por gente del vecindario y algunos borrachos que salieron de las bodegas de vino a la voz de "pelea, pelea". El chico salió prácticamente corriendo y mis vecinos me proclamaron vencedor "técnico". Mis padres llegaron también y me doblaron la cantidad de leña a trozar por andar como un matón de mala clase. La verdad es que allí finalizó mi interés por aquella rubia que ya no siguió pololeando con el chico y que algunos años después se casó con el hijo de un carabinero. En los años siguientes más de una vez me encontré con el chico y cruzamos palabras amistosamente.

Mi llegada al liceo de hombres, especialmente al internado, me sumió en un ambiente machista donde lo que se premiaba era la conquista y no el amor. Las mujeres estaban para ser conquistadas, seducidas y reemplazadas por otras más atractivas. Yo asistía a esas tertulias con muchachos de los cursos superiores que nos daban sus cátedras entre cigarrillo y botellas de pisco que pasaban de mano en mano en el patio del fondo del liceo, al lado del teatro viejo. Pero, definitivamente, yo era de naturaleza romántica, como mi tía, y pensaba que el amor estaría esperándome en algún lugar especial y sería para siempre. Un día, en el patio del internado, jugábamos a la pelota. Alguien pateó tan fuerte que el balón se fue lejos y cayó al otro lado de un muro que nos separaba de un colegio de niñas que recientemente las autoridades de educación habían improvisado en una esquina de nuestro liceo para más de un centenar de niñas que por diversas razones no encontraban matrícula. Para separar ese

espacio del nuestro, levantaron un muro de unos tres metros. Nos inventamos diversas teorías, pero la que más nos gustaba era que se trataba de estudiantes indisciplinadas, y por lo tanto, proclives a salir con hombres. Trepé el muro y a horcajadas sobre él grité las palabras claves: "chiquillas, me pueden pasar la pelota". Uno de los delantales blancos pateó la pelota hacia otro delantal que a su vez la pateó y así se fue acercando al muro. Finalmente el último delantal levantó la pelota y se dirigió hacia donde estaba yo. Tenía una sonrisa agradable y caminó con coquetería, más que nada para lucirse ante sus compañeras que no se habían atrevido a acercarse al muro y que la celebraban. Días después, en la parte más escondida del muro, apareció una grieta a la altura de mis ojos, la que fue transformándose con el paso de los días en una verdadera ventana gracias a los pacientes obreros y obreras de ambos lados del muro que se las arreglaron para trabajar en largos turnos con modestas herramientas como piedras, llaveros, monedas y algún clavo oxidado recogido de los escombros. A partir de entonces nos organizábamos de lado y lado y cuando no había inspectores avanzábamos por turnos al forado del muro para contactarnos con las niñas. Cuando asomé mi cabeza también lo hizo una chica de pelo negro, largo y frondoso, muy atractiva y delgada, con aspecto de actriz de cine. Me gustó enseguida, pero ella me dijo "tú fuiste el que nos pidió la pelota la semana pasada. La compañera que te la pasó se llama Nieves, y la próxima vez tienes que preguntar por ella, porque lo justo es justo. En todo caso yo me llamo Mariluz, ¿y tú?" La siguiente vez el forado era tan grande que uno podría pasar hacia el otro como quien atraviesa una ventana. Pronto se darían cuenta los inspectores y lo cerrarían. En todos los recreos se armaba la cola de los enamorados, por ambos lados, y teníamos un sistema para evitar ser sorprendidos. En el lado nuestro habían simultáneamente varios peloteos de fútbol que levantaban tierra y polvo y ayudaban a ocultar a los que hacían la cola. Del otro lado pasaba algo similar. Llegó mi turno y a la niña que estaba de anfitriona le dije: "Nieves" Ella se dio vuelta y gritó: "Nieves, te toca". Vino Nieves, con su delantal blanco y su paso bamboleante. Era trigueña, y a medida que se acercaba pude ver sus pecas y sus ojos claros. Conversamos un poco, qué te gusta, en qué curso estás, etc; pero era difícil mantener la conversación entre medio del griterío y los golpes que me caían en la cabeza o las patadas en el trasero propinadas por los otros integrantes de la cola que de esa manera apuraban la causa, ya que cada turno debía durar 3 minutos. Para el aniversario del liceo preparamos números artísticos y realizamos una velada en el teatro viejo que estaba al final

del patio , dando la cara hacia la calle Víctor Lamas y que había sido el antiguo y emblemático teatro Concepción. No estaba en buenas condiciones, pero la platea y el escenario se podían usar. Los directivos de nuestro liceo pensaron que sería buena idea ir integrando de a poco a esas niñas al liceo. Los más progresistas pensaban que había que botar los muros y mezclar los sexos en las salas de clases, pero los tradicionalistas no estaban para modernizaciones y solamente aceptaron que invitáramos a las niñas a la velada y al baile. En esa velada yo me inscribí para cantar una canción. El animador tenía mi nombre y la actividad: Francisco Ruiz, segundo año, interno, una canción. Unos días antes le dije a Nieves que cantaría una canción y que la invitaba. Llegó, y no se instaló en la platea, como las demás, sino que estuvo en el escenario, detrás de las cortinas, donde estábamos los "artistas". Cuando me avisaron que debía salir al escenario le dije , al oído, "esta canción te la dedico a ti". No sé por qué lo dije, no lo sentía así, fueron palabras vacías. El animador me tomó del brazo y me empujó, preguntándome, "¿qué vai a cantar voh, huevón?" "Una canción de Sandro", tartamudeé yo. El animador se instaló en el centro y dijo "Querido público, esta noche estamos presentando a nuestros mejores artistas, ahora queda con ustedes un muchacho que canta igualito a Sandro; prepárense para ver los movimientos del gitano : Aplausos para Sandro" . Quedé totalmente descolocado, porque era una canción lenta, de amor, y yo estaba parado en el centro del escenario, con mi guitarra. Mi voz no se parecía a la de Sandro y jamás lo había imitado . Casi sin pensarlo inicié la canción tratando de imitar su voz, lo que me costó algunas desafinaciones ; intenté moverme como el gitano , pero al hacerlo mi voz se perdía del micrófono. "Tus labios de rubí//De rojo carmesí/Parecen murmurar/Mil cosas sin hablar", el público, conformado por estudiantes, profesores y algunos apoderados fue perdiendo el interés a medida que la canción avanzaba. Se entretenían conversando o mirando hacia atrás a la espera del siguiente número. Pero afortunadamente llegaron los últimos versos y yo pude irme a esconder detrás de las cortinas; aunque no alcancé a llegar, porque Nieves saltó sobre mí, abrazándome y dándome un beso largo y muy húmedo. "Gracias por dedicarme la canción", me dijo...yo no me acordaba que se la había dedicado, mi mayor preocupación era el ridículo que había hecho en el escenario. Guardé la guitarra y , dado que todos los profesores estaban en el show y no se darían cuenta si me fugaba por un rato, me ofrecí a llevarla al paradero de la micro. En el paradero me dio otro beso. En el camino del regreso me vine sintiendo por primera vez esa sensación de haber

hecho algo extraordinario. Por fin estaba pololeando ¿Eso era pololear? El primer beso no me había gustado, Nieves había introducido su lengua en mi boca . El segundo beso estuvo mejor, pero nada había sido como yo creía que sería. Llegué al muro del internado , deslicé con cuidado la guitarra hacia el otro lado y después salté. No había nadie en el dormitorio de mi curso, todavía estaban en el teatro. Saqué la guitarra de la funda y empecé a cantar, con la voz de Sandro “ Tus labios de rubí...”

No volví a la ventana del amor hasta varios días después. Me llegaban recados de Nieves y papeles escritos , doblados cuidadosamente .Me gustaba estar pololeando, pero Nieves no me gustaba tanto. A la semana siguiente fui a verla, pero me dijeron que no había ido a clases. Entonces apareció Mariluz, que me dijo que Nieves estaba en cama, con gripe. “ ¿Es verdad que estás pololeando con la Nieves”, me preguntó. Le dije “No, yo solamente la invité al teatro, el otro día , y nos dimos unos besos, pero eso es todo” ...los coscorriones llovían sobre mi cabeza y no había cómo esquivar los puntapiés , así es que tuve que terminar la conversación, pero una voz interna me dijo que mi futuro era Mariluz. El día que Nieves regresó, vino hacia el muro con su caminar de modelo . La encontré linda ,a la distancia, pero cuando se acercó la encontré muy pecosa y me fijé que en su delantal había corregido con lápiz de pasta su nombre; donde originalmente decía NIEVES PEREIRA, ahora decía “Nieves de Ruiz”. Ese solo hecho me asfixió, me sentí acorralado y dejé de hablar con ella, a sus cartas de amor respondí con una muy fría que la mandé con Mariluz para que quedara claro que yo era hombre libre. A mi primera cita con Mariluz acudí con la colaboración de mis compañeros que no podían creer la suerte de que esa niña, tan cotizada por ellos, se hubiera fijado en mí. Quedamos de encontrarnos en el parque que estaba detrás del liceo, a las 15:00 hrs. . Un compañero me prestó una casaca de cuero que me quedaba un poco grande. Otro me pasó un pañuelo de seda para ponerme en el cuello. Me ayudaron a salir por el muro y quedaron de esperarme a las 18:00 , para ayudarme a entrar y pasarme el uniforme.

Nos sentamos en uno de los bancos del parque y conversamos. Yo estaba preparado para encontrarme con una niña que tenía mucha experiencia con hombres , y eso me asustaba, porque aparte de ser muy tímido, yo recién tenía 14 años, . Las historias que contaban sobre ella incluía a hombres maduros; pero a mí me parecía solamente una hermosa niña de 15

años que buscaba ser adorada. Salimos varias veces. Una vez la llevé al cine. Me preguntó ¿estamos pololeando? Yo le dije sí, tú eres mi polola. Y así transcurrió el resto de aquel año, algunas veces yo podía escaparme y dar paseos con ella por el parque, de la mano, con algunos besos de por medio. Le escribí muchas cartas, y ella se las leía a sus compañeras. A veces me las respondía, y yo se las leía a mis compañeros. Sus cartas estaban meticulosamente ordenadas en mi pupitre, junto a los útiles escolares, salvaguardados por un candado. Llegaron las vacaciones y me fui a Curanilahue. No volvería a verla hasta marzo...era mucho tiempo. Le escribí para decirle que no podía vivir sin ella, que quería verla, que yo podría ir a Concepción. Ella me envió su dirección. Mentí a mis padres para justificar aquel viaje en medio del verano. Llegué a su casa después de varias peripecias. Vivía en un barrio frente a la embotelladora CCU, de Pedro de Valdivia. Me presentó a su madre y a un hermano. Tomé onces con ellos y salimos a pasear, tomados de la mano por el vecindario. No recuerdo bien qué pasó, sentí que estaba muy lejana, me imaginé que aquellas historias sobre ella eran ciertas y me convencí que no quería nada conmigo, y que así como yo había negado a Nieves ahora ella me negaría a mí. Ese verano asistí a una fiesta en la casa de unas amigas en Curanilahue; una de ellas me abordó. Era rubia, de tez muy blanca, delgada y de ojos sonrientes. Bailamos solamente los temas lentos. Estaba de moda ese verano un tema de Carlos Santana "Samba pa ti", que el DJ repetía cada media hora a pedido de los bailarines. Cerramos esa fiesta y yo la fui a dejar a su casa, en las afueras del pueblo. En la oscuridad nos dimos unos besos. En los días siguientes la visité en su casa, formalmente vestido, como un novio, en las horas en que su padre estaba trabajando y las reglas las ponía su madre, gran anfitriona y amiga del amor, porque se llevaba a los hermanos de Nélida para que pudiéramos estar solos en el living de la casa. Revisábamos los discos, a veces yo llevaba los míos y escuchábamos música. También fumábamos y nos besábamos. El verano llegaba a su fin y uno de mis amigos, cuya familia se había trasladado a Rancagua, me invitó a pasar unos días con él y su familia. A mi regreso supe que ella estaba pololeando con un amigo mayor, con Omar, que era con quien habíamos formado el primer grupo musical, y con quien se casó años después. Volví en marzo al internado y el muro que nos separaba del liceo de niñas había sido reparado y fortalecido. Cuando por fin logré contactarme con el otro lado supe que Mariluz no había regresado. Tampoco volvió Nieves. Mis cartas a Mariluz ya no fueron respondidas.

En los meses siguientes, en el bus de los viernes en que regresábamos a casa desde Concepción, vi a una niña que me dejó impactado por su belleza. Iba sentada junto a otra que era como su gemela. Pelo largo, negro, delgada y alta, con el rostro levemente alargado como en esos cuadros de Modigliani. Preguntando a unos y otros supe que eran de Lebu y hermanas de un compañero de curso, el Fido Rocha. Hablé con él, pero no aceptó tocar el tema durante varios días; como todos los demás él sabía de mis líos con las niñas del otro lado del muro. Con paciencia logré sacarle los datos que necesitaba. Eran mellizas y no supe cuál era la que me gustaba hasta un par de viajes más. La expresiva era Marta; la más callada era Paulina. Comencé a cortejar a Paulina, con la venia de sus hermanos. Yo subía al bus que iba a Lebu y que pasaba a Curanilahue. Marta me dejaba su asiento y yo me venía sentado junto a Paulina, conversando de cosas que pasaban en nuestros respectivos internados y que involucraban a estudiantes que conocíamos o a profesores e inspectores que nunca habíamos vistos pero que podíamos imaginarlos. La micro llegaba puntual como nunca a Curanilahue, y yo debía bajarme, dándole un beso fugaz a Paulina. Quiero decir que esos besos fueron los más dulces besos de mi adolescencia, sabían a cerezas. Éramos varios lo que veníamos con sus pololas o pololos en el bus, pero nadie se daba besos expresivos, era un tiempo diferente al de hoy, lamentablemente. Para alargar esa compañía exquisita, a veces no me bajaba en Curanilahue, y continuaba en el bus hasta que salía de Curanilahue y ponía rumbo a Lebu, entonces me bajaba y caminaba los tres kilómetros de regreso hasta mi casa, con la maleta colgando de mis brazos o al hombro.

Una vez la fui a ver a su casa. Uno de mis amigos y compañeros del grupo musical, Horacio, era enviado por su padre, cada cierto tiempo, a llevar alimentos a una familia que le cuidaba un campo cerca de donde vivía Paulina. Debía ir en la camioneta de su padre, a pesar de que no tenía todavía permiso de conducir. Cuando supe eso, empecé a acompañarlo, con la esperanza de ver a Paulina, que vivía en un sector rural antes de llegar a Lebu, cerca de una estación de tren. Dimos con la casa y la única forma de verla fue inventar una visita al Fido Rocha, que fue el más sorprendido de verme aparecer allí con la historia de que andaba por ahí y quise pasar a saludarlo. Su padre era agricultor y su madre profesora. Compartí un rato con el grupo familiar y pude estar con ella a solas apenas unos minutos.

Horacio era de un curso menor al mío, pero en las horas de estudio, en el internado, cuando hacíamos las tareas o estudiábamos para las pruebas, , estábamos juntos aunque fuéramos de cursos diferentes. El se acercaba a mi pupitre. Tenía curiosidad por saber más del amor y tal vez me vio como un experto. En realidad yo no sabía más que él, pero las conquistas realizadas me daban el estatus que todo hombre tenía que tener, según los preceptos de los estudiantes mayores del internado. Largas horas en que Horacio estaba pegado a mi pupitre lo llevaron a familiarizarse con aquellas cosas que yo tenía guardadas bajo llave, entre ellas las cartas que acumulaba, separadas en distintos sobres con el nombre correspondiente: Nieves, Mariluz, Paulina, Nélica. Me insistía en leerlas y alguna vez, aburrido de su solicitud, le di acceso a los sobres, pero bajo mi vigilancia. Yo confiaba en él, porque éramos amigos y compañeros de grupo musical, pero no sé si la envidia o la maldad le ganaron el corazón una de esas tardes y tomó varias de las cartas sin que yo me diera cuenta, las puso en su maleta y las llevó a su casa donde la hermana mayor , que era compañera de Paulina en el internado, tomó las cartas y se las llevó , para que ella rompiera conmigo. Y así fue, yo no sabía por qué Paulina me rehuía, pero luego de varias cartas que le hice llegar, me llegó una respuesta. No decía nada de ella, pero traía en su interior las cartas de mis anteriores enamoradas. No logré entender aquello. Pensé que había sido Fido y me peleé con él, hasta que di con Horacio, quien confesó que había llevado las cartas para releerlas en su casa y que su hermana se las había encontrado por casualidad y robado para llevarlas a Paulina. Pese a esa traición de Horacio, no dejé de ser su amigo, pero no volví a quererlo como antes. Nunca tuve la oportunidad de explicarle a Paulina que jamás la engañé . Me faltó valor para buscarla. Recuerdo que aquello me causó el primer dolor en el amor y me hizo revisar todo aquello que se relacionaba con el amor y el pololeo. Decidí no volver a enamorarme, como en la canción que ya se escuchaba en las radios, de uno de mis cantantes italianos favoritos :*“No quiero enamorarme más, es triste y es así, porque el amor es un vagabundo que todo toma y nada da”*. Ya dije que , en el fondo, era un romántico. Tenía 15 años, me concentré en la música y no volví a pololear ni a enamorarme...eso hasta que un día vi a una niña cruzar rauda la calle frente a mi casa.

En ese tiempo yo estaba en cuarto medio, me faltaba poco para cumplir 17. . Estaba, como muchas veces, en la puerta de acceso a la confitería de mis padres. Desde allí se tenía un panorama extraordinario de lo que sucedía en ese sector importante denominado “La

Cruzada". El tren hacia Plegarias, la calle principal, el cuerpo de bomberos, etc. Era cerca del mediodía y vi pasar de Norte a Sur a una joven que me llamó poderosamente la atención. Delgada, de pelo castaño largo, tomado en una "cola de caballo" que bamboleaba al ritmo de su caminata, de pantalones a la moda, patas de elefante y de anchos listones azules y grises, una blusa blanca con algunos estampados en el cuello. Caminaba de manera ágil, como si la hubieran mandado a realizar un trámite de manera urgente. Llevaba en su mano izquierda una malla con algunas cosas. No le despegué la mirada, esperando que me la devolviera, tenía algo, además de belleza; un aire de pulcritud, de urgencia de limpieza, de trabajo y honestidad que me hizo pensar "*Ella es, con ella me voy a casar*". Desapareció en una calle angosta por donde pasaba la locomotora a Plegarias. Le hice una seña a un muchacho que vivía en una tienda de ropas, frente a la confitería de mis padres, y que a esa hora también estaba cuidando la tienda y miraba el panorama, como yo. Vino corriendo. Le dije: "Juanito, ¿conoces a esa niña que pasó recién, esa del pantalón listado?". "Claro, me dijo, es la Raquel Contreras, y es mi compañera de curso. Está en tercero medio. No pololea y es muy seria. Es una buena cabra". Traté de ubicarla en los días siguientes, pero no lo logré. Supe que vivía en el sector de los empleados de la compañía minera con sus padres. Una amiga que supo de mi interés por Raquel la contactó y me consiguió una cita. Esa cita fue unos días antes del dieciocho de septiembre. Lo recuerdo bien, eran a las 11 de la mañana de un día sábado y yo estaba ensayando con mi grupo porque teníamos un contrato para las fiestas patrias. Yo había cumplido recién 17 años y Raquel 16. Nos juntamos afuera del correo. Ella estaba con su uniforme porque venía de unas actividades que se realizaban los sábados y que eran parte de una reforma educacional llamada clases integradas. Traía una especie de maqueta en sus manos. A medida que nos acercamos sonrió, pude ver sus pecas en la cara y casi retrocedo instintivamente, estaba con las mejillas encendidas de rubor. Yo estaba peor, por esos años mi timidez solía jugarme esas malas pasadas donde el color se me iba a las mejillas sin poder controlarlo. Caminamos por la línea férrea, como lo hacían casi todas las parejas. Yo tenía, por primera vez, un propósito: tenía que pedirle pololeo, eso era lo primero si quería llegar a casarme con ella. Me atreví a decirle que quería pololear con ella. Se quedó callada y agregué, "pero puedes pensarlo unos días, si quieres". Creí que se me escapaba, pero su respuesta fue inmediata: "ya lo pensé. Sí, quiero". De pronto ella vio que su madre venía caminando por esa misma vía, que era una de las rutas por donde se

acortaba distancia a su casa, y me dijo: "tengo que irme, allá viene mi mamá" . No nos dimos un beso, pero regresé feliz al ensayo donde las cumbias anunciaban que sería un dieciocho muy bailado.

Raquel fue el gran amor de mi vida y el único. Como todos los pololeos largos, y a distancia, alimentados más por cartas que por besos, tuvimos una vez una ruptura. No fue muy larga, pero suficiente como para que ella encontrara un nuevo pretendiente y yo una nueva



enamorada en la universidad. Se llamaba Aurora, pero no logramos llegar muy lejos ni pasar más allá de algunos besos. Yo me moría por Raquel y Raquel moría por mí. Una de sus amigas dio una fiesta y me invitaron. En esa fiesta todos eran amigos de Raquel y sabían que allí debíamos reencontrarnos. Así recomenzamos nuestro pololeo.

Al año siguiente Raquel llegó a la universidad para estudiar Biología y compartimos muchos momentos. Estudiábamos juntos y a veces reclamaba por mi falta de tiempo para ella. "Otros pasean, van de la mano, se abrazan y besan, pero nosotros estamos siempre en estos bancos, sentados, mientras tú estudias". Mi respuesta era invariable: "Raquel, esos que van de la mano y se besan apasionadamente no estarán juntos mucho tiempo. Nosotros estaremos toda la vida juntos, nos casaremos a los 21 años. Para que eso sea así, yo tengo que aprobar todos los ramos y adelantar mi titulación, solamente así nos casaremos pronto". En aquel momento yo pensaba que mis argumentos la convencían, pero con los años entendí que Raquel siempre está más en el presente que en un futuro que no sabemos si realmente ocurrirá. Yo me había propuesto tener mi título a los 21 años, empezar a trabajar para poder independizarme de mis padres y casarme de inmediato. Para eso tenía que adelantar ramos, pues la carrera estaba programada para 5 años y yo quería terminarla en 4 . ¿Cómo hace eso un alumno mediocre, como lo había sido yo hasta que llegué a la universidad? La suerte, el amor por Raquel, el amor propio, qué sé yo. Los astros se alinearon para mí y punto, no busquemos explicaciones, porque aunque parezca increíble, jamás copié ni hice trampas en las pruebas. Vino el golpe militar , se detuvieron las clases

por un tiempo, y Raquel no volvió a la universidad. Al año siguiente estuvo recuperándose de una enfermedad, trabajó un tiempo y después se fue por un año a Argentina, donde unos parientes lejanos. Las cartas iban y venían, mientras yo seguía adelantando ramos, tocando en la banda y extrañándola.

Una compañera de universidad, de nombre griego, muy coqueta, a la que no le faltaban pretendientes, y con quien a veces me iba caminando después de clases hasta su paradero de micro, que quedaba cerca del mío, me dijo un día que me tenía una invitación para ir el sábado siguiente a la playa de Dichato junto a otros compañeros de curso. Lo único que debía llevar era algo para comer y beber, ojalá una radio, traje de baño, toalla. En esa época salía muy poco y mis padres vieron con buenos ojos que me distrajera. Mi padre me dio una suma generosa de dinero y al día siguiente, con un bolso de playa y una inmensa radio a pilas llegué a la estación de trenes, que era muy grande y estaba prácticamente vacía. En uno de los bancos estaba ella, sola, con su sombrero para el sol, su bolso y vestida como Yayita, la eterna enamorada de Condorito. Le pregunté por los demás, y me dijo que se habían ido en el primer tren, porque yo había llegado atrasado, pero que ella se había quedado a esperarme y alcanzaríamos al grupo directamente en la playa. Hicimos funcionar la radio, escuchamos algo de música y después de un buen rato se anunció la salida del tren. Subimos y emprendimos el viaje que debía durar un poco más de una hora. Íbamos tarareando las canciones de la radio cuando muy suelta de cuerpo, con una sonrisa pícaro, me dijo que tenía que decirme un secreto ¿"de qué se trata, le pregunté" Me dijo: "como seguramente te estás imaginando, nadie más va en este viaje. No existen más compañeros en este viaje. Yo inventé eso para asegurarme de que vinieras, porque quería ir contigo, a solas". Quedé desconcertado, porque jamás pensé que ella podría fijarse en un tipo flaco, distraído, con lentes y un tanto aburrido como era yo, ni necesitaba engaños para invitarme a salir; cualquiera quisiera haber salido con ella. Todas mis compañeras sabían que yo estaba pololeando desde hacía tiempo y que mi proyecto era casarme apenas dejara la universidad. Pensé que tal vez era una apuesta entre amigas "apuesto a que yo consigo que sea infiel", imaginé. Desde ese momento hubo dos voces repiqueteando en mi cabeza, la buena; que me decía que yo iba a casarme con Raquel y debía llegar virgen al matrimonio, igual que ella; y la mala, que me decía que no debía dejar pasar esta oportunidad. Llegamos a la playa de Pingüeral, un lugar desierto frecuentado por parejas de enamorados que después se pobló hasta llegar a ser un lugar para

los ricos y poderosos. A nuestra pasada por el borde costero algunos pescadores, que estaban bebiendo cervezas, lanzaban piropos a la diosa griega y pullas al flacuchento que iba con ella: "tanto hombre pa tan poca mujer", y se reían; ella tomaba mi mano y la apretaba, diciendo dulcemente, "no hagas caso". Llegamos al lugar que a ella le pareció adecuado. Unas dunas de arena impedían que otros pudieran ver lo que ocurría entre uno y otro montículo, aunque no había necesidad de ocultarse, pues el verano había terminado y no había nadie más en esa playa. Ella se quitó la blusa y los pantalones, quedando en bikini. Luego fue sacando las cosas para beber y comer, que eran muchas, a las que sumó las que yo había traído. Todo eso quedó tirado, al sol que ya estaba alto y quemaba. Llegó el momento que yo temía: me pidió que le echara crema en su espalda. No recuerdo muy bien, pero supongo que mis torpes dedos debieron también bajar desde sus muslos hasta los tobillos. Después, cual enfermera, me dijo que yo tenía que cuidar mi piel y me embetunó desde la frente hasta las uñas de los pies. De nada valieron mis alegatos de que yo podía echarme la crema en el pecho y mis piernas, la enfermera era muy profesional. Para entonces era inevitable que la voz buena hablara tan bajito que con el rumor del mar apenas era audible, mientras la voz mala decía "ahora, es ahora ...". Me pidió que nos fuéramos a meter al agua, pero no la acompañé con la excusa de que iba a comer algo, aunque la verdad es que la erección que tenía me incomodaba y no quería ir caminando con ella y que se me notara, me sentía avergonzado, porque era muy evidente. Para justificar mi atraso comí un sándwich y tomé una bebida gaseosa. Ambas estaban calientes y me causaron un fuerte malestar estomacal, que se acentuó después, mientras fumaba un cigarrillo con el sol parado en mi cabeza. Ella se había lanzado al mar y yo podía escuchar sus grititos como de gata: "Ay, que



está helada el agua, ay...". Pasaron unos pocos minutos, y de la erección fui pasando a un malestar general, como si algo me hubiese envenenado. Sentí ganas de vomitar. No había dónde guarecerse. Ella llegó tiritando de frío y se estiró en la arena, a mi lado. Acercó su cuerpo al mío, como para abrazarlo, buscando calor. Pero la voz buena recuperó su fuerza y dije que estaba punto de desmayarme. El dolor era real, mi sentimiento de culpa también: estaba a punto de traicionar a Raquel y mi única salvación era ese bendito dolor.

Ella creyó que se me podría pasar y me dio una tableta que no consumí y que hice desaparecer en un descuido suyo. Después de un largo rato en que yo exageraba un poco el dolor, nos vinimos de regreso a la estación. Yo iba casi colgando de su hombro. Subimos al tren, que venía lleno desde Chillán. No quedaban asientos disponibles e hice el trayecto de pie, afirmado en ella. Una mujer dijo " estos estudiantes solamente vienen a emborracharse a la playa o bien a drogarse". Un joven de más allá le dijo a mi amiga que me daba el asiento. Me senté al lado de la ventanilla, la abrí y el viento costero acudió en mi favor. Los pitazos del tren, anunciando que íbamos entrando a Concepción, terminaron de sanarme. En la estación nos despedimos. Creí que no me hablaría nunca más, pero el lunes siguiente, a la salida de clases, me dijo que sus compañeras se habían fijado que ella y yo teníamos el rostro quemado por el sol y que todas cuchicheaban que habíamos ido juntos a la playa . No me atreví a preguntarle si había ganado o perdido la apuesta, pero observé que estaba , efectivamente, bronceada por el sol.

BIKINI BLANCO

"Ahora se quitará la parte superior de su bikini blanco y me preguntará si me gustan sus pechos. Yo recitaré los versos del antipoeta : -«¿Cómo no van a gustarme los senos?"

Sin haber leído a Parra , ella dirá: -«Entonces tócalos, aprovecha la ocasión»

Pasarán varios segundos, el sol arderá en el mediodía y la arena caliente quemará los dedos de mis pies descalzos. Sus pechos serán duraznos frescos y olorosos desafiándome erguidos. Y durante esos segundos, que bien pudieran ser minutos, pensaré en los juramentos hechos a mi prometida bajo el cielo del atardecer; pensaré después en el sabor de estos duraznos mientras con un golpe de cabeza echa hacia atrás su larga cabellera rubia, gira y camina hacia las olas dejándome a la vista sus anchas caderas, sus fascinantes movimientos reverberando en la arena, culebra del desierto, justo cuando el sol ardiente se me vuelve bruma mientras voy cayendo semi-inconsciente por el exceso de calor, o por las coca colas tibias, o por los dos lucky sin filtro en ayunas o por la revelación culposa que me acaba de indicar que no habré de perder mi virginidad en las sábanas blancas del lecho nupcial , sino en esta desolada playa de Pingueral , con esta rubia a la que prácticamente desconozco y que ahora viene

de regreso haciéndome festivas señas con el calzón de su bikini blanco en la mano izquierda".

(De Amores que matan)

El regreso de Raquel, después de casi un año en Argentina, puso una especie de antes y después en mi vida. Sentí como nunca la necesidad y el deseo de estar con ella a toda hora y para siempre. Muy poco tiempo después nos casaríamos.